

.El hombre de los errores eternos (en profunda  
revisión)

Guillermo Allier Montaño



# Capítulo 1

Como un fantasma entre ruinas

*Últimamente pienso mucho en ti. Más de lo que estoy acostumbrado.*

*Siempre fuiste muy especial para mí y, a pesar del largo transcurrir de los años, jamás he podido quitarte del corazón. Eres como un dulce veneno que decidió aposentarse en lo más hondo de mi ser y se resiste a dejarlo sanar. Lo fuiste todo y sigues siéndolo. Y sé que lo sabes, allá donde quiera que estés ahora, estoy seguro de ello.*

*Estuviste ahí desde la niñez. Podría decirse, que prácticamente has estado junto a mí casi toda la existencia, tanto en cuerpo como en alma, y, cuando crecimos y al fin pude comenzar a percibir la silueta de aquella persona que una vez llegaste a ser, te convertiste en la parte más importante de mi vida. Eras el vínculo entre la hermosa infancia y la madurez, como una ventana al pasado encarnada que tenía la capacidad de devolverme esa frescura y esa felicidad que no parecían poder regresar jamás. Tus ojos, tu sonrisa, tu voz... tu presencia... todo ello me hacía feliz como ninguna otra cosa ha podido o podrá hacerlo.*

*Pero tú escogiste tu camino, tomaste tus propias decisiones y yo las mías. Te alejaste de mí y yo también te alejé. Renegué de mis sentimientos y quise borrarle de la vida para poder seguir con ella, como se arranca una hoja de un libro para quitar un capítulo importante aunque agridulce... pero lo único que conseguí fue perder aún más a aquella persona que me había iluminado tanto. Arrojé tu amistad al fuego, como si fuera una carta con palabras dolorosas que nadie desea volver a leer, te perdí y nunca pude recuperarte. De todos los errores que he cometido, ese es el que más me atormenta, más incluso que otros en los que he hecho daño a personas muy queridas. Últimamente me aflige como nunca antes y oprime mi pecho como si fuera una enorme piedra, la enorme piedra de mi necedad. Ahora, si quiero tener tu cuerpo cerca, debo acudir a esta fría lápida que nada siente y solo puede darme silencio. De nada sirve en el mundo de los Condenados fustigarse por lo que se hizo cuando el corazón aún latía, pero ni puedo ni quiero evitar acordarme de ti.*

*Eres la presencia omnipresente en mi cabeza, pero últimamente te deslizas con esmero y obsesión sobre mis sueños. Cada vez que descanso, apareces como un grato espejismo, dispuesta a hacer estremecer mi mundo con tu recuerdo, de la misma forma que estremecías mi vida con tu sola presencia. Por eso he regresado a nuestra tierra. No existe ningún interés para nadie de nuestra especie en este lugar, pero para mí lo significa todo. De hecho, volver aquí me ha traído más dolor que dicha,*

*demasiados recuerdos que llaman a mi puerta y amenazan con traerme cada instante del pasado. La nostalgia es algo muy poderoso y tormentoso para un Condenado, puede suponer la fortaleza en un momento delicado o tu perdición si dejas que te derrumbe el pesar.*

*No me costó mucho encontrar tu sepulcro, aunque fue un momento doloroso. Fue como la confirmación de un secreto a voces que la razón clamaba. Es la única tumba que ahora permanece cuidada en este lugar abandonado, porque así yo lo quiero. Limpio su maleza y traigo flores. Voy a esforzarme por seguir existiendo día tras día, mientras los siglos caigan sobre el tapiz del tiempo incansablemente, para acordarme de ti cada noche. No mereces ser olvidada o ser un garabato más en una tumba, no mereces ser un nombre que no significa nada para nadie. El tiempo me ha hecho olvidar muchos rostros, pero nunca olvidaré el tuyo, me ha hecho olvidar muchas personas, sucesos y sentimientos, pero no ha sido capaz de borrarte... porque no mereces ser borrada de este mundo.*

*Cada vez que el astro cae, visito el pueblo donde naciste, viviste y moriste. Ahora está abandonado, es un lugar tranquilo y nadie me molesta. Paseo por sus oscuras calles, deterioradas, llenas de maleza y sin iluminación, rememorando mis viejas vivencias y llevándote conmigo en cada pensamiento. Siempre me acompañará aquella vez que vine a verte con aquel buen amigo mío, cuyo nombre ha sido injustamente disipado por el tiempo, y recuerdo como todo esto estaba antes lleno de virtud. Creo que eras tú la que lo llenaba, al menos para mis ojos. Pero nadie con vida queda ya aquí, ni los muertos que están bajo tierra ni el solitario muerto que vaga sobre ella.*

*Siempre fuiste especial. Tu naturalidad ante cada aspecto de la vida y tu peculiar forma de ser te hacían tan única que he sido incapaz de encontrar a alguien que se asemeje a ti durante todo este tiempo. Observo rostros, escruto almas y escudriño sentimientos, pero no ha habido o habrá una mujer como tú. Fuiste una estrella fugaz que merecía un puesto eterno en el firmamento, un copo de nieve único que cae sobre el suelo e injustamente pasa desapercibido para el mundo. Incluso, a veces, cuando me olvido de las cosas horribles que supone ser un Condenado, creo que eras tú la que debía estar aquí ahora, existiendo por siempre y acordándote de mí, de esa insignificante y mediocre persona que osó aparecer en tu vida. No, realmente no pienso que hubieras merecido acabar como yo. Tuviste una vida con felicidad y descendencia. Cambiaría todo lo que tengo ahora por haber podido compartir todo eso contigo, lo cambiaría todo por haber envejecido y muerto a tu lado. Soy lo que soy porque no había sitio en tu corazón para mí, soy lo que soy porque nunca conseguí que me amaras. Soy un Condenado.*

*Este pobre idiota es todo lo que queda de mí. Este pobre idiota que regresa a donde ya nadie quiere estar y habla con los que no le pueden escuchar, este pobre idiota que decide atormentarse regresando al lugar que le causa tanto dolor y que prefiere permanecer atado al pasado que disfrutar de lo que se le ha dado. Este pobre idiota que vaga como un fantasma entre ruinas.*

## Capítulo 2

¿Cómo he podido abandonarte?

Abrió los ojos de forma repentina, sin que el resto del cuerpo se inmutara. Parecía que un cadáver en apariencia frágil y delgado acabara de recobrar la chispa de la vida, si es que no fuera eso lo que ocurría realmente siempre que la noche caía. Como cada vez que despertaba, su cuerpo estaba entumecido y le llevó un minuto avivarlo, aunque ese frío que sentía en sus huesos era algo que adquirió cuando su corazón dejó de latir y lo acompañaría hasta que se convirtiese en polvo inerte. Es un frío peculiar, similar a cuando llevas mucho tiempo sentado a la intemperie en una noche de invierno y el gélido ambiente se te cuela poco a poco hasta el tuétano. En un principio le resultaba molesto, ahora ya estaba acostumbrado y era parte de su existencia.

Se levantó lentamente, con pesadez. Era alguien que, cuando estaba solo y no tenía que fingir ante nadie, aparentaba estar siempre apesadumbrado y se movía con parsimonia. Parecía que no tuviera prisa por nada y le quedara una eternidad por delante, como si tuviera tiempo de sobra para cumplir con calma todas sus expectativas. Se vistió con lentitud, se aseó y se quedó mirando fijamente a los ojos frente al espejo, contemplando su rostro pálido, sus ojos claros y su lacio pelo moreno. Cada segundo en que su pupila examinaba su propia imagen, un enorme sentimiento de culpabilidad iba apoderándose con saña de él, como ocurría de forma inevitable cada noche que se sucedía. Ese sentimiento era un rencoroso ente omnipresente obcecado en no abandonarlo.

«Demasiados errores —se decía a menudo, pero había uno que lo atormentaba más que ningún otro.»

El sonido del timbre no le sobresaltó. Sabía quién llamaba porque nunca nadie más venía a verle. Desatrancó la puerta de su habitación y caminó hasta la entrada, encendiendo durante el camino todas las luces de su casa, que, ahora que era alumbrada, se mostraba simple y tristonera. Parecía el hogar de alguien sumido en la monotonía y sin expectativas que se atrevieran a ir más allá de cubrir las necesidades básicas. Cuando abrió la puerta, una hermosa chiquilla de dieciocho a veinte años le mostró una sincera sonrisa y le besó.

—Olivier —dijo ella suspirando.

—Hola, Coralie —contestó él.

No se dijeron nada más. Ella lo condujo con pasión hasta la habitación donde hacía poco él había despertado y se dejó llevar por el extraño e incontrolable deseo que sentía por aquel hombre. A pesar de que él aparentaba tener una treintena, a ella nunca le importó, y desde que lo viera por primera vez en aquella discoteca, tuvo la extraña sensación de que debía acabar su vida junto a él. Por supuesto, aquel sentimiento era algo causado por la naturaleza de aquel extraño. Los Condenados de su linaje podían llegar a influir muy poderosamente en los mortales, despertando en ellos el sentimiento que se les antojara. Pero, a pesar de que era algo creado artificialmente, para un ser humano no había diferencia alguna y podía llegar a profesar adoración absoluta.

Tras hacer el amor, ambos quedaron en silencio durante largos minutos. Ella sabía que él era una persona callada e introvertida, pero no le importaba. Le gustaba permanecer a su lado de forma indefinida y quedarse dormida junto a él mientras sentía el latir de su corazón y su respiración, si bien ella nada sabía de que esas funciones biológicas en su amante eran solo una farsa. El corazón de los Condenados no late y sus pulmones son apéndices inservibles que, al igual que el resto de su cuerpo, recuperan la actividad cuando así lo desean.

Olivier amaba a su forma a esa muchacha joven e inocente, pero para él esa relación cumplía un propósito oculto del que ella nunca sabría nada. Esa práctica era algo común entre los de su especie, aunque algunos procuraban ser siempre más generosos con los mortales.

—Tengo que irme —dijo él lacónico.

—¿A dónde vas? —preguntó. Él se marchaba todas las noches y la dejaba sola, aunque en esta ocasión algo parecía inquietarla.

—Debo acudir a un sitio —respondió mientras se ponía los pantalones.

Ella se lo quedó mirando mientras él terminaba de vestirse y cogía su chaqueta. Lo observaba debatiéndose entre la ira y el dolor, como si supiese algo más.

—Siempre me dices lo mismo, pero nunca me explicas nada.

—Quizás, algún día —contestó sin mirarla a los ojos—. Es complicado.

—Quizás, algún día —murmuró ella con cierta amargura. Eran las respuestas que se sucedían noche tras noche. No era un pueblo muy grande, así que al final, tarde o temprano, todo se sabía en él; los secretos duraban poco en *Saint-Laurent-de-Cerdans*. Hizo acopio de valor y apretó con fuerza las sábanas, como si éstas le dieran fuerzas para

hacer confesiones o enfrentarse a verdades dolorosas—. Sé que todas las noches le compras un ramo de rosas al señor Feraud. ¿Para quién son? ¿Estás viendo a otra mujer?

Olivier se detuvo abruptamente, se giró y al fin se dignó a mirarla a la cara. Examinó su hermoso rostro, su salvaje cabello rubio despeinado por la pasión y sus ojos azules claros ahora empapados por lágrimas. Su mirada, siempre dulce como un claro atardecer veraniego, ahora aparentaba estar empañada por un nubarrón de lacerante sospecha. Le temblaban los labios por los nervios y era obvio que estaba esperando una respuesta sincera. Él sabía que no podía contarle todo, pero tampoco deseaba mentir, era una chica amable y tierna, capaz de quebrar las corazas del corazón más estoico; si bien no del suyo, que ya pertenecía a alguien, alguien muerto hacía mucho tiempo.

—Las flores son para una tumba. La tumba de una mujer. Una mujer a la que amé hace mucho.

Quedó muda durante unos lagos segundos, asimilando cada palabra que había salido de su boca. Parecía una locura, un embuste salido de cualquier amante farsante de tres al cuarto con una imaginación realmente pobre, sin embargo había algo en su voz que le parecía noble e inquebrantable. Inexplicablemente, lo creía. Se apenó de él, como si pudiera sentir en el fondo todo su dolor, pero pronto otros pensamientos contradictorios comenzaron a aflorar.

—¿Todas las noches me dejas aquí sola, en tu casa, para ir a dejarle flores a una tumba? ¿No tienes otro momento para hacerlo? Las tumbas no se mueven, no respiran, no aman —a Olivier le dolieron esas palabras como un centenar de cuchillos al rojo vivo en el pecho, pero procuró no exteriorizar nada—. Mi amor, yo estoy aquí contigo, estoy viva y mis sueños también. Duerme conmigo aunque solo sea una noche.

Él la observó con lástima. Es ahora que empezaba a darse cuenta de que llevaba demasiado tiempo con ella y que debía abandonarla por su bien, debía dejarla volar libre. Normalmente, permanecía solo un tiempo prudencial con un amante mortal, pero con Coralie había compartido demasiadas noches y ahora dejaría por siempre en ella un vacío que no sería capaz jamás de llenar. Se sintió culpable por lo que le había hecho, acababa de apuntar otro más en su gran lista de errores. Estaba decidido, la dejaría libre, pero no ahora. Se acercó y sujetó su rostro con las dos manos, acariciándole la mejilla con el pulgar derecho, le dedicó una sonrisa que pareció consolarla y le dijo:

—Eres la mujer más dulce y hermosa que he encontrado y créeme si te digo que he conocido a muchas. Estás tan llena de sueños y tu corazón es tan honesto que te mereces una vida plena —entonces él endureció la mirada y la miró fijamente a los ojos de una forma invasiva—, pero ahora,

Coralie, vas a dormirte y vas a olvidar toda esta conversación.

—Si, eso voy a hacer —contestó ella de forma obediente, aunque sin poder borrar la pesadumbre de su mirada. A continuación, se tumbó y durmió profundamente.

Según se decía, todos los condenados estaban malditos y el linaje al que pertenecía Olivier no era una excepción. Se decía que en su virtud estaba su perdición, pues eran los únicos que podían sentir piedad y amor por los mortales y que estaban destinados a dañar y traer la ruina a todo aquello que amaran. Por ello, Olivier tomaba sus precauciones y procuraba permanecer poco tiempo con sus amantes, antes de que estos pudieran verse dañados de alguna forma.

Contempló el plácido sueño de Coralie, despidiéndose para sus adentros de todo lo bueno y puro que ella tenía. De todas las mortales con las que había estado tras su Conversión, ella había sido la más especial, a pesar de que nunca la tratara como se merecía. Pero eso ahora no importaba, dentro de un par de días, ella ya no lo recordaría y sería libre de comenzar una nueva vida sin tener que regalarle sus sentimientos a un muerto que no podría jamás darle plenitud.

La dejó dormir, salió de su casa y se subió al coche, dispuesto a, tal y como había dicho ella, ir a ver al señor Feraud para comprarle rosas. El anciano jamás preguntaba para qué quería todas las noches un ramo de flores, aunque tampoco le preguntaba nada en general, cosa que agradaba a Olivier. Simplemente se dedicaba a cumplir con su parte del trato a cambio de una buena paga. Dinero a cambio de un trabajo sencillo y ni una sola pregunta.

Ahora que tenía todo lo que necesitaba, como todas las noches, condujo por las solitarias calles rurales de los hermosos pueblecitos de los bosques del sur de Francia. Cuando se estaba acercando a su destino, como cada una de las veces que pasaba por esa recta en aquel claro adornado caprichosamente por un par de árboles desnudos y muertos, a su mente le asaltó la imagen de un cuadro con una estampa muy similar, un cuadro que pintó la mujer que se hallaba en el sepulcro que se disponía a visitar. Su familia fue humilde, pero sí pudo permitirse regalarle a su hija mayor pinturas para que diera rienda suelta a su talento. Tenía buena mano para los lienzos, pero era una mujer que nació en la época equivocada y bajo unas circunstancias inadecuadas, y la vida quiso que no pudiera vivir de ello. Una vez, ella le regaló un pequeño lienzo con el dibujo de una mujer llorando y él lo guardó como el mayor tesoro que pudiera haber caído jamás en sus manos. Era el único objeto de aquel tiempo que aún conservaba, escondido en un bolsillo clandestino de la maleta oculta bajo su cama, guarecido como si fuera una inestimada joya que no debiera ser mostrada por miedo a ser codiciada por ojos

indignos.

Tras un cruce, una abandonada y deteriorada carretera lo condujo hasta un pequeño valle boscoso, abrigado por unos montes también cubiertos de árboles. A pesar de que era de noche, pudo contemplar las oscuras siluetas de las montañas, la arboleda y las casas en ruinas, aunque apenas pudo recordar lo hermoso que era todo aquello de día. El paso del tiempo y la eterna nocturnidad en la que los Condenados *vivían* poco a poco iban difuminando todos los recuerdos que habían sido bañados por la luz diurna. Aparcó el coche a un lado y comenzó a pasear por las calles abandonadas, mientras escuchaba y observaba como el viento mecía los árboles. Todo aquello le inundaba de paz, una paz con ciertos tintes de pena y nostalgia, pero paz al fin y al cabo. Se detuvo ante un edificio grande que en su tiempo hacía las veces de ayuntamiento y recordó aquel sueño que tuvo hacía más de un siglo, cuando aún estaba vivo, y que nunca pudo olvidar, en el que ella le rodeaba con los brazos allí mismo y le besaba tras dedicarle una espléndida sonrisa. El cerebro de los Condenados está muerto en ciertos aspectos, no puede crear sueños nuevos, pero sí rememorar cualquier vivencia experimentada, tanto de su vida como de su muerte, por lo que ese sueño, entre muchos otros, se le repetía caprichosa y ocasionalmente.

Finalmente, tras adentrarse en el pueblecito, llegó a donde quería. Parecía que el paso del tiempo tenía la deferencia de respetar a los muertos de aquel cementerio y sus muros, altas paredes de vieja y fría piedra que en realidad sostenían una respetable parte del mismo. Si no estuvieran en pie, probablemente ahora no serían más que montículos de tierra, maleza y huesos. A pesar de haberse criado en un pueblecito cercano, cada piedra que allí se encontraba formaba parte de su más tierna infancia, al igual que cada montaña y cada recóndito de aquel valle. Aquel lugar lo embargaba de melancolía y respeto.

Tras una breve pausa de contemplación, se dispuso a atravesar las puertas metálicas, un herrumbroso cadáver que un día sí pudo garantizar el descanso de sus muertos, aunque ahora se podría decir que, prácticamente, lo único por lo que podía luchar era por tenerse en pie. Se detuvo un par de minutos ante una de las primeras tumbas, ante un montículo apenas visible en el que estaba sepultado un buen amigo suyo de la infancia, un chico al que usualmente acompañaba en su pastoreo y con el que había compartido muchos recuerdos. Pero no era a él a quien venía a ver, siguió caminando hasta llegar a una zona mejor cuidada, donde la maleza había sido arrancada y varias rosas marchitas y secas descansaban sobre una lápida agrietada y desmejorada.

Con lentitud y respeto, depositó sobre ella el ramo que traía y echó un vistazo a los alrededores. Todo lo que había formado parte de su vida estaba muerto. Todas las personas habían sido ya enterradas, los lugares que habían formado parte de su pasado habían desaparecido o cambiado.

Todo lo que quedaba de lo que él una vez fue era las ruinas de aquel pueblecito. Era como ver un cadáver de lenta descomposición que se resistía a dejar atrás la última etapa de la historia de una vida, como si fuera un lector resignado que saborea el capítulo final de un libro. Tras pensar con amargura en todo esto, Olivier, hablándole en voz alta al sepulcro, dijo:

—He intentado buscar todas tus obras. Quería haberlas rescatado y haber hecho una exposición con ellas para que el mundo al fin te conociera. Siempre he pensado que eras una gran artista, aunque puede que tuvieras razón y solo fuera porque te miraba *con buenos ojos*. De todos modos, da igual, no he podido encontrar ninguna, parece que todas desaparecieron en el incendio que hubo en tu casa antes de tu muerte. Lo siento —sonrió con amargura—. Parece que siempre te he debido muchas disculpas, ¿no? Jamás me disculpé por haber sido tan insistente. Lo único que quería era estar a tu lado, nunca había deseado algo con tanta intensidad en toda mi vida y siempre tuve miedo de perder definitivamente mis posibilidades de poder estar contigo. No supe gestionar bien mis sentimientos y lo peor es que te castigué a ti por ello, cuando no lo merecías. ¿Te acuerdas de cuando tú estabas en París y nos carteábamos? Nos prometimos muchas cosas y cuando regresaste yo estaba dispuesto a cumplirlas. Siempre creí que me debías una disculpa por haber faltado a todas ellas, pero realmente no te puedo culpar, tan solo no fuiste lo suficiente valiente a tiempo para reconocer que nunca me amaste de verdad o quizás lo hiciste así porque nunca quisiste hacerme daño. No lo sé. Tampoco sé cuánto tiempo te llevó verlo en tu interior, pero es respetable que escogieras tu camino, aunque tu felicidad te llevara lejos de mí. No tengo nada que perdonarte, no hay nada que perdonar.

Se hizo un largo silencio y Olivier escuchó como el viento tocaba su reverberante melodía en las hojas y ramas de los altos árboles que rodeaban el cementerio, como si aquel sonido fuera la respuesta que nunca podrá salir de los labios de la mujer a la que había venido a visitar. El verano había finalizado hacía poco y las hojas que ocasionalmente se dejaban caer, se iban reuniendo poco a poco con las otras que, durante incontables otoños, habían ido formando un tapiz de materia en descomposición y hojas muertas.

—¿Te acuerdas de aquel poema que compuse para ti? Sé que, probablemente, no era gran cosa, pero te aseguro que puse todo mi corazón en él. *Quizás*, se llamaba —sonrió de nuevo—. Nunca supe realmente qué opinabas de él, quería habértelo preguntado cuando regresaste de la gran ciudad, pero no me diste la oportunidad. Quería haberte confesado tantas cosas que de la mitad ya ni me acuerdo. No pasa nada, lo que importa es que al menos fuiste feliz. Creo que, después de todo, hubieras sido feliz con cualquiera antes que conmigo, yo siempre fui un fracaso de hombre y tú te merecías algo mejor. Creo que mi único

triunfo en la vida fue burlar a las fauces de la muerte y ha sido un logro que me fue regalado, nunca lo busqué ni fue un éxito que pueda atribuirme. Ya da todo igual. El mundo sigue girando, la gente nace y muere, cambia el mundo en el que vive y es olvidada tras las generaciones. Pero contigo la ley del tiempo será diferente, me acordaré de ti hasta que el polvo me consuma y guardaré tu regalo hasta que mis manos se conviertan en cenizas y no puedan asirlo. Solo tengo un motivo para seguir en mi salvaje mundo: acordarme de ti y procurar que tu recuerdo no muera jamás. Hice muchas cosas mal en mi vida, tantas que creo que me llevaría la eternidad enumerarlas, pero la que más me atormenta es haberte alejado de mí. Tú habías escogido amar a otro y yo sentía que tenía derecho a intentar vivir mi vida. Creí que si evitaba el peso de tu presencia, podría seguir adelante... pero me equivoqué.

Enmudeció abatido. Se sentó en una piedra pálida que tenía ahí específicamente para hacer las veces de improvisado banco y se quedó callado durante largos minutos, recordando anécdotas y reviviendo sentimientos mientras el viento otoñal comenzaba a transportar el característico y agradable aroma de la lluvia y la tierra mojada. Alzó la mirada al cielo, percatándose de que estaba ahora encapotado, cubriendo el manto de las estrellas y tratando en vano de borrar el níveo resplandor de la luna. Se acercaba lluvia, pero no le importaba mojarse. De hecho, le agradaba sentir las frías gotas de agua sobre su piel.

De pronto, el fuerte chasquido de una rama rota le sobresaltó. Se levantó raudo y comenzó a escrutar la oscuridad en busca de alguna presencia, aunque no parecía ver a nadie a pesar de poseer los sentidos potenciados de un condenado, capaces de ver, oír y percibir cosas de una forma que los mortales ni imaginarían. Entonces, en su fuero interno, comenzó a darse cuenta de que allí había una presencia tan antinatural como la suya y se percató de que la podía sentir ahora porque ésta así lo deseaba. Era un condenado, sin duda, pero había algo en aquella aparición que lo desagradaba de una forma invasiva. Tuvo que apretar los puños para que sus manos dejaran de temblar.

—Déjate de juegos y muéstrate —espetó con enojo Olivier. Estaba furibundo al pensar que ese lugar, santo para él, estuviera siendo mancillado por otro de su misma especie.

Fue cuando, tras las esquinas de un nicho semiderruido y devorado por el musgo y la maleza, una figura humanoide se dejó ver. Caminaba encorvada y al final de sus manos se podían apreciar unas largas uñas, que más parecían unas atemorizantes garras de depredador. La figura se acercó prudencialmente pero sin reservas o miedo, permitiendo a Olivier ver al fin una versión desmejorada de un hombre, parecía una burla abominable al género humano. No llevaba ropa alguna, por lo que nada ocultaba su piel sonrosada y carente de pelo, sus ojos parecían malévolos

y desprovistos de humanidad y su mandíbula parecía estar desencajada.

Para Olivier era obvio de qué se trataba. Un linaje muy antiguo, de los tiempos babilónicos se decía, cuyos integrantes eran desalmados que habían abandonado por completo todo lo que quedaba de humano en ellos y habían abrazado una existencia de decadencia y brutalidad. No solo debían nutrirse de la sangre de sus víctimas, sino que, además, sentían la necesidad de alimentarse de alguna parte en particular del cuerpo de ellas y cambiaban su propio organismo en función de sus hábitos alimenticios. Su arcaico nombre estaba prácticamente en desuso, pero normalmente se les conocía como *Necrófagos*. Desechos dentro del mundo de los condenados que se veían obligados a recluirse en subterráneos, ruinas y cementerios.

—¿Qué haces aquí? —Inquirió con mal genio Olivier.

—¡Oh! Este es ahora mi Condado —respondió con cierta burla, con su voz ronca y una desdibujada sonrisa en su horrible boca.

Al territorio de caza de un Condenado se le llamaba *Condado*, defendidos con salvaje territorialidad e intransferibles salvo por abandono o muerte.

—No —rebatía con ira—. Este pueblo es de mi propiedad, es mío. Así lo ha sido desde mi muerte y así será por siempre.

El Necrófago rió con malicia, tomándose su tiempo para recrearse en la perversidad de su carcajada.

—Eres un sucio *Eloehn*, ¿no es cierto? Eres una de esas putas idiotizadas, ¿no?

No contestó. Permaneció mudo, estudiando los movimientos de aquella criatura de aspecto vil, odiándola por su osadía y sus insultos. Como si hubiera deseado hacer acto de presencia en el momento definitivo, una lluvia otoñal que en otras circunstancias lo hubiera cautivado, comenzó a caer sobre el valle.

En ese momento, como si se tratara de una cruel jugarreta de su mente, comenzó a resonar en su cabeza aquellos viejos versos que un día escribió por ella:

*Llueve en el valle y cada gota*

*me recuerda que no volverás  
y el perfume de la húmida tierra  
que hay heridas que no sanarán.*

El Necrófago, imaginando que no iba a recibir respuesta, prosiguió:

—Putas idiotizadas —repitió con asco—. Deberías ir corriendo con el rabo entre las piernas y mantener una conversación con la Regente. Yo ya lo he hecho y ahora todo este sucio y ruinoso pueblucho es mío.

—¿Para qué quieres tú este pueblo? No hay nadie con vida, no puedes alimentarte de musgo y ruinas.

—Pero tengo a alguien dispuesto a traerme a hombres y mujeres vivos con corazones latientes y rico tuétano. Sí, esponjoso y sangriento tuétano que se deshace en la boca.

Olivier comenzó a sentir asco además de odio. Nunca tenía por costumbre llevar armas, rara vez se metía en problemas y trataba de evitarlos a toda costa, pero esa noche se lamentó de no haber sido lo suficientemente previsor como para haber comprado en su día al menos una pistola. Tenía el deseo de destruir a aquel ser.

—Me da igual qué diga la Regente —espetó—. Este lugar es mío por derecho de muerte.

—¿Sabes una cosa? —respondió con cierto placer en su tono—. En un principio me pareció divertido verte lloriquear ante esta tumba, luego me resultó aburrido, pero ahora estás empezando a molestarme. Deberías marcharte o puede que me dé por disfrutar violando tu culo perfumado y por alimentarme de tus amantes mortales. O puede que lo haga al revés, me gusta improvisar sobre la marcha —el Necrófago giró el rostro para prestarle atención a la lápida, a las rosas que se hallaban sobre ella y al nombre que había grabado en la cruz, y comenzó a acariciarla lentamente con su afilada uña—. Puede, incluso, que se me antoje abrir la bonita tumba de...

El ser no pudo siquiera terminar la frase. Olivier, presa de la furia había corrido hacia él y le había dado un fuerte puñetazo en su dura y huesuda mandíbula, rompiéndosela y haciéndole volar varios metros lejos de la tumba. Los condenados son más fuertes y rápidos que los mortales, pero Olivier siempre fue un hombre veloz en vida y, ahora en muerte, aún

más. Pocos podían alcanzarle en velocidad.

Dolorido, el Necrófago permaneció quejándose en el suelo, esperando pacientemente a que su mandíbula se curara, pues también tenían la capacidad de regenerar sus heridas con gran rapidez. Después, se levantó con lentitud y sonrió.

—Vaya, parece que no eres tan aburrido, después de todo —las ya de por sí largas garras de sus manos, crecieron centímetros lentamente—. Voy a divertirme contigo. Antes de que amanezca, tus cenizas ensuciarán mis manos y yo las lameré disfrutando del sabor de una nena llorica.

Comenzaron a tantearse, observando cada movimiento y cada sutil cambio en la mirada, como si esto pudiera dar alguna pista acerca de intenciones hostiles. Poco a poco, la ira iba animando el atrevimiento de Olivier, pero el Necrófago parecía más fuerte y sus huesos más duros de lo que debieran, sin mencionar aquellas amenazadoras garras que aparentaban ser capaces de decapitar de cuajo y que sin duda hacían despertar un respetuoso temor a cualquier contrincante. No podía apenas acercarse sin arriesgarse a entrar en contacto con aquellas peligrosas zarpas y, a la larga, tenía todas las de perder si solo confiaba en la fuerza. La criatura sonreía perversa al percatarse de sus dudas y ostentaba sus garras cada vez que Olivier hacía el más mínimo amago de movimiento. Finalmente, harto de que aquel endemoniado ser ultrajara el sepulcro de su amada con cada segundo de su presencia, se decidió a, de improviso, lanzarle al pecho una enorme piedra de las murallas. Valiéndose de que el Necrófago estaba ahora desequilibrado, le propinó un empujón para estamparlo contra los muros. Éste se dolió durante el segundo en el que Olivier tardó en abalanzarse sobre él dispuesto a aplastar su cráneo con otra roca de un tamaño considerable, pero el ser reaccionó con rapidez y le clavó todas y cada una de sus garras en el abdomen, para después deslizarlas hacia los costados con violencia. El grito de dolor resonó por toda la aldea y Olivier soltó el pedrusco cuando su cuerpo se estremeció por tal suplicio, antes de ser despedido con brusquedad por varios metros gracias a una fuerte patada.

Olivier trató de recobrase, pero aquella herida era fatal, mortal de necesidad para un humano, podía ver sus intestinos y tuvo que llevarse las manos a su vientre por si éstos tomaran la determinación de huir de su cuerpo maltrecho. Sabía que la lucha estaba perdida y que lo más sensato era huir, aunque en aquel estado tan lamentable, no llegaría muy lejos. Necesitaba cerrar sus heridas, pero para ello precisaba de un valioso tiempo del que no disponía.

El Necrófago se levantó lentamente mientras reía. Sabía que había asestado un golpe fatal que le daría la victoria, ahora tenía a aquel

condenado a su merced

—Cuando acabe contigo, voy a esparcir los huesos de tu querida tumba y la muy zorra tendrá una extremidad en cada punta de esta mierda de pueblo —se burló con malicia mientras se acercaba lentamente a Olivier—. Yo soy el verdugo y el perdón, soy la noche y el fin. Soy el dios de la muerte.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Olivier se levantó y salió corriendo con toda la velocidad que aquella lesión le permitía. Ya no podía correr tan rápido y sabía que podría ser alcanzado. La pérdida criatura estalló en carcajadas al verlo trastabillar y tenía intención de seguirlo sin apresarlo, solo para ver el miedo en el rostro de su pobre víctima. Aquello le parecía ahora más un juego que una cacería, no obstante, a pesar de todo, se sorprendió al percatarse de que el herido todavía podía mantener un buen ritmo de carrera.

Aprovechando que en apariencia había podido despistar a su persecutor, saltó tras el muro de piedra en ruinas de una casa semiderruida y se agazapó con la esperanza de poder conseguir algo de tiempo. Concentrándose, observó como su terrible herida fue cerrándose poco a poco hasta convertirse en unos cuantos cortes, dolorosos, pero que le permitían actuar con la normalidad suficiente como para correr raudo hasta el coche y largarse de allí. Era obvio que no podría acabar con el Necrófago de esta forma y necesitaba de algo más, prefería levantarse otro anochecer para vengarse. Ya había tenido suficiente por esa noche.

«¿Cómo es posible? —se preguntó, extrañado y con cierta amargura— Hace unos minutos todo era paz y melancolía y ahora me veo inmerso en esta lucha por su recuerdo y mi *vida* —pero así son las oscuras noches de los Condenados. Repletas de dolor, desesperación y violencia. Las mentiras vuelan como certeras saetas y las traiciones convierten en cenizas y polvo a los incautos. Son los crueles los que sobreviven, aunque también los más propensos a caer en su mismo juego—. No puedo *morir* ahora, tengo que continuar en este mundo para seguir recordándola. Oh, amor, ¿cómo he podido abandonarte?»

Como si el recuerdo de su amada le insuflara renovadas energías, saltó con vigor la valla y, esta vez con su rapidez natural, corrió hacia el coche que, por suerte, no estaba ya lejos. Pero tuvo que detenerse abruptamente. Le embargó la desesperación al ver que aquella criatura estaba esperándole, de cuclillas sobre el capó del automóvil, sonriéndole perversamente.

La lluvia seguía cayendo sobre ellos, sobre el camino y las casas en ruinas, sobre la tumba de su amada y sobre las hojas de los cientos de árboles que, como si fueran impávidos espectadores incapaces de mostrar emoción alguna, les rodeaban y parecían observarlos. Ocasionalmente, el

viento otoñal ululaba de forma serena y se deslizaba entre desidiosas calles silenciosas y ramas crujiendo con igual facilidad, absorto, parecía, en su viaje por aquel hermoso valle cuya tierra estaba ahora manchada con la sangre de Olivier.

Aun, como tercos e inoportunos susurros, seguían sucediéndose los versos:

*Cada brizna de hierba al viento  
ondeando en caduca libertad  
que hay pasados que evaporan  
porque quedaron ya muy atrás.*

Durante un largo intervalo de tiempo que para Olivier supuso una amarga eternidad, ninguno de los dos osó interrumpir los sonidos que los envolvían, mirándose fijamente y esperando con cautela el amago de algún alarmante movimiento del contrincante. Finalmente, tras más de diez minutos de ininterrumpida y tensa vigilia, el Necrófago se atrevió, con su habitual y perversa actitud burlesca, a romper el silencio:

—Ha sido tan fácil espiarte entre las sombras que creo que le haré un gran favor al mundo cuando le prive de tu ineptitud —le dijo con una macabra sonrisa—. Te mentiría si te dijera que solo he escogido este lugar por su intimidad, lo que más me ha motivado ha sido la diversión. Me divierte jugar con despojos como tú antes de acabar con ellos y convertirlos en polvo, y tú eres el siguiente en mi lista. Pero no voy a matarte esta noche, aún tienes que sufrir un poco más. No olvides que estaré aquí esperándote, en este pueblecito que tanto adoras, y tampoco te olvides de que ahora me pertenece y no vas a poder hacer nada para defender aquello que tanto amaste. Pero no tardes en volver, no quisiera tener que ir a buscarte, arrastrarte por las calles y empaparlas con tu sucia sangre. Eso me enojaría mucho.

Sin decir ni una palabra más, saltó del coche, como si fuera un simio deforme y nervudo sin pelo, y se perdió en la oscuridad del bosque.

No perdió ni un minuto más y se apresuró a montar en su automóvil y a largarse de aquel lugar. Condujo con rapidez temeraria, hasta que llegó al cruce y se detuvo para terminar de curarse y asimilar lo sucedido ahora que estaba lejos del peligro. Todo había cambiado vertiginosamente y apenas había tenido tiempo de percatarse de ningún detalle. Ahora es que

empezaba a darse cuenta de que esa monotonía en la que había estado inmerso durante años había sido desmoronada en cuestión de minutos, de que toda esa aura de devoción y respeto con la que había envuelto a la tumba estaba ahora hecha añicos. Maldijo a la bestia y a se maldijo a sí mismo.

«¿Cómo he podido abandonarte? —se dijo atormentado.»

Pero no hubiera logrado hacer mucho más. Aquella criatura podía haber acabado con él finalmente y haber puesto fin a su recuerdo. Si Olivier desaparecía de este mundo, ella también lo haría con él y eso es algo que no estaba dispuesto a permitir.

Su corazón clamaba por regresar y acabar con aquel ser amenazaba con mancillar lo que Olivier consideraba más santo en el mundo, pero era obvio que necesitaba algo más con lo que poder presentar batalla. No conocía a nadie en la zona y tampoco a quien acudir para pedir auxilio, era tan esquivo y solitario que prácticamente había pasado su existencia post mortem totalmente solo. Le parecía que todo aquel empeño por pasar desapercibido no había sido más que un error vengativo ahora dispuesto a mostrarse burlón. Pero sabía que siempre había podido contar con su dinero. No era difícil para él conseguirlo, le bastaba con seducir a una mujer con cierto nivel adquisitivo, hacer que pusiera alguna propiedad a su nombre y, tras disipar el recuerdo de aquel amante misterioso, venderla para conseguir mucho dinero fácil.

«Lo primero que tengo que hacer es comprarme una maldita pistola —pensó—. Lo más pesada que pueda, algo que vuele la cabeza de ese hijo de puta... y creo que sé dónde conseguirla —Miró el reloj y se asombró de lo rápido que había pasado el tiempo. No faltaba mucho para el amanecer y debía apresurarse—. Mañana. Mañana podré comprarla... y también tengo pendiente una visita a la Regente. Oh, amor, ¿cómo he podido abandonarte?»

No soportaba más todo aquello, quería llegar cuanto antes a casa para descansar, despertar en una nueva noche y así poder arreglar todo aquel entuerto sin demora. Lo único que deseaba era recuperar su nostálgica calma y seguir sumido en sus dolorosos recuerdos por toda la eternidad. Pisó con ira el acelerador y se apresuró a recorrer la carretera de vuelta para llegar a su vivienda. Apenas reparó esta vez en aquellos desnudos árboles que tantas veces le habían hecho acordarse del paisaje nocturno plasmado en aquel cuadro de su difunta amada. Su única determinación ahora era recobrar todo lo perdido.

*Cada caricia de brisa caprichosa,  
traicionera me viene a avisar  
de que concluirán mis breves alivios  
cada mañana al despertar.*

Al fin, llegó a su destino. Abrió la puerta, encendió las luces para iluminar su triste y simplón hogar y entró en su habitación, donde Coralie aún estaba tumbada, durmiendo obedientemente tal y como Olivier le había ordenado. Se había olvidado completamente de ella. Ahora, más que nunca, debía abandonarla, puede que el Necrófago decidiera venir a por él y matarla, hacerle daño a ella, una mujer inocente que nada sabe del oscuro mundo de los condenados.

La lucha frenética y la pérdida de sangre por aquella terrible herida provocaban que ahora estuviera hambriento. Se acercó a su amante mortal y, sin hacer ruido o despertarla, se alimentó de ella otra vez. Se mordió la lengua y con su propia sangre curó las marcas de mordedura del suave y precioso cuello de su amante y después la despertó, no era bueno que estuviera allí durante el día. Ella pareció alegrarse por verle y lo besó con pasión, aunque pronto se asustó al ver los jirones del jersey y la ropa empapada de sangre. Pero no tuvo tiempo de más, él la obligó a mirarle a los ojos y, con aquella misma mirada que había usado con ella hacía unas horas, le dijo:

—Coralie, eres una mujer maravillosa y mereces un hombre que te de todo lo que te mereces. Jamás soportes a alguien que te hace infeliz, nunca permitas que nadie destruya tus sueños y no dejes que nadie viva tu vida por ti o te obligue a tomar decisiones que te desagraden. Ama y sé amada o vive en soledad si eso te hace más feliz, pero vive la vida como te dicte el corazón y aprovecha cada instante que el mundo te regala, pues el día en que mueras, todo lo que has hecho regresará a ti y todo se habrá acabado. Ahora, vas a coger tus cosas y a recorrer ese pasillo, saldrás por la puerta y, cuando la cierres, te olvidarás de mí y de todo lo que ha ocurrido entre nosotros, no podrás recordar todo lo que nos unía o cuánto me querías y nunca me reconocerás, si es que alguna vez vuelves a verme. Ahora, vete Coralie, regresa a tu casa. Ve y vive.

En un comienzo, ella parecía dudar, pero, como si tuviera la imperiosa necesidad u obligación de marcharse, ella recogió su ropa del suelo y, con ella en las manos, comenzó a alejarse de él y caminó llorando por el pasillo. Sin dejar de andar, giró la cabeza y lo miró sorprendida, mostrándole su rostro compungido y lleno de lágrimas y una mirada de desesperanza, mientras él tan solo la observaba con la mandíbula

apretada. Olivier era lo que más había amado en su vida y ahora debía abandonarlo sin poder hacer nada por evitarlo. Finalmente, a pesar de que su voluntad luchaba con todas sus fuerzas por evitar lo inevitable, abrió la puerta y cruzó el umbral para darse una vez más la vuelta y dedicarle un último atisbo antes de cerrarla. Cuando la puerta sonó, el rostro de Coralie cambió por completo y ya no se vislumbraba en él pesar alguno. Limpió extrañada sus lágrimas, sin comprender muy bien qué había sucedido y se percató de que su cuerpo desnudo estaba tiritando a la intemperie en esa fría noche de otoño. Corrió para vestirse en su coche y decidió que lo mejor era irse a casa y allí aclarar sus ideas.

*Y cada día el destino me recuerda  
el amor que me quiso arrebatarse  
y que nada me queda en este mundo  
salvo la tenaz melancolía, quizás.*

Olivier se quitó su ropa mojada por la lluvia y ensuciada por su propia sangre y se quedó en silencio observándose frente al espejo. Sentía ahora el amanecer cerca, lo notaba en los huesos y en los párpados, como si todo el peso del mismísimo sol quisiera depositarse sobre sus huesos. Apagó todas las luces de fuera de su cuarto y regresó para buscar algo en una maleta que tenía bajo la cama. Era un lienzo enmarcado, un lienzo con un hermoso dibujo del rostro de una bella mujer con el maquillaje de los ojos desdibujado por el llanto. Aquella noche, lo había perdido casi todo de lo poco que tenía: una buena y dulce amante mortal, aquel pueblo tan importante para su niñez y la posibilidad de visitar su tumba. Lo único importante que le quedaba era aquel pequeño cuadro que ella una vez le regaló. Lo posó en la cama, a su lado, y se tumbó para dejar que el sopor lo invadiera poco a poco, aunque tuvo un instante para acordarse una última vez de ella y de, una vez más, repetirse amargamente para sus adentros:

«Oh, amor, ¿cómo he podido abandonarte?»

## Capítulo 3

Aquel desdichado esclavo

*Dicen que es bueno recordar tu pasado para no perder tu esencia. Y yo digo que eso es una jodida tontería. ¿Por qué recordar un pasado que es mejor olvidar? ¿Por qué recordar a un padre cocainómano que pegaba a su mujer? ¿Por qué recordar a una madre que vivía hundida en el alcohol? No, no quiero recordar mi vida. Solo fue un pozo de mierda del que logré salir.*

*Mi Pater, o como coño se le llame, vio mi fuerza y le impresionó. Me convirtió para divertirse, creyó que toda esa fuerza se vendría abajo cuando mi mundo se desmoronara y fuera capaz de ver otro aún más jodido. Pero se equivocó. Creyó que podría amaestrarme como a un perro y que sería su sirviente, pegando a quien él ordenara, matando a quien él quisiera y haciendo sus sucios recados. Se equivocó. Me he adaptado perfectamente, estoy en mi salsa.*

*Lo primero que hice fue estamparle el puño sobre su boca sonriente. Al principio mi rebeldía le divertía, pero después pudo comprobar que jugar conmigo es peligroso. Una noche decidí que ese rollo paternalista se había acabado para mí, aunque tuvo que aceptarlo por las malas. Sí, él era más fuerte, me pegó una buena paliza, pero se lo puse difícil. Aprendí muy poco de él antes de abandonarlo. Tampoco me arrepiento de ello.*

*Pero ahora estoy muerta y tengo toda una eternidad por delante. ¿Qué hacer ahora? Pues lo que me dé la gana cuando me dé la gana. Tampoco soy estúpida, conozco los límites y hacer lo que me da la gana no significa tener que jugármela con tonterías. No tengo la intención de usar mi tiempo en cambiar el mundo. Simplemente, existo.*

*Este bar puede ser una mierda, pero es mi bar. Se hace lo que yo diga cuando yo lo diga y no permito que nadie venga a tocarme las narices. A quien no le guste se tiene que ir calladito si no quiere tener problemas. Al menos tengo algo que hacer y no me dedico, como otros, a pasar mi tiempo fustigándome pensando en un salvador, violando la comida o llorando sangre por el pasado perdido. Y a quien no le guste que no mire y que ni se atreva a decirme algo.*

*Me pasé mi vida huyendo de mi casa y me crié en las calles de la ciudad. La calle fue mi día a día y sus reglas mi lema. Si querías que no te pisaran, debías pisar tú primero, debías ser cruel, fuerte y no mostrar debilidad jamás. Para mí, la vida era una cárcel: mi casa era como la celda de castigo y las calles como el patio, donde debía ser la más*

*cabrona y joder a todos antes de que me jodieran a mí. Así fue mi vida y ahora esto es como un puto paseo. ¿Quién tiene huevos a plantarme cara ahora?*

*Me crié, viví y morí en Roubaix. Pasé algo de tiempo allí, pero ya no había nada de mi interés, casi todos los Condenados tenían ya montado su chiringuito y había poco espacio para alguien nuevo. Tendría que romper unas cuantas cabezas y en las ciudades son muy estrictos con eso de no matarnos entre nosotros. Pues que les den. Me busqué otro sitio y acabé aquí, en Sant-Laurent. Tengo mi bar, mis contactos y todo lo que me hace falta. Somos pocos, pero así los tengo controlados más fácilmente. Ni siquiera la Regente mete las narices en mis asuntos. Más le vale.*

*No encuentro condena en ser una Condenada, para mí fue una salvación, una forma de hacerme libre. Ahora puedo ser lo que me proponga y puedo proponerme cualquier cosa.*

\*\*\*

Para ella, la noche transcurría como todas las demás. Eran tranquilas, monótonas y con la misma música y las mismas caras de siempre. Es lo que quería, todo lo tenía siempre controlado. Llegó a *La Grotte* y comprobó que todo estuviera en orden, cerciorándose de que su encargado estuviera al tanto de todo aquello de lo que ella no quería estar pendiente. Nadie nuevo en el local, los mismos de siempre haciendo lo mismo de siempre y escuchando lo mismo de siempre. Todo perfecto para ella. Se sentó en un su oscura esquina, donde la iluminación era pobre y podía pasar relativamente desapercibida, para, como hacía todas las noches, escuchar algunos temas y disponerse para salir a ver lo poco que se podía cocer en el tranquilo y hermoso Saint-Laurent.

Eligió aquel pueblecito por su quietud y porque podía vigilar cada movimiento que le pudiera interesar. Nada se le podía escapar y muchas veces, incluso, se tomaba la libertad de entrometerse. Para ella, el control era un mecanismo de defensa, una forma de estar prevenida de todo y todos. Si algo había aprendido, es que en la noche de los Condenados las altas metas podían llevar a horribles finales, por lo que no quería tener grandes aspiraciones para su inmortalidad, solo quería existir bajo sus propias normas y sin dejar que nadie le dirija su *vida*.

Permanecía meditabunda, esperando pacientemente a que terminara la canción para marcharse, contemplando con ojos inquisitivos cada movimiento que los clientes pudieran realizar, hasta que apareció algo

que no le gustó: una cara nueva. Era un hombre de unos cuarenta años, de pelo castaño y frente despejada que iba vestido con pantalones y chaqueta de pana, mocasines oscuros y camisa a cuadros. Entró desubicado, como si no supiera muy bien en dónde se estaba metiendo y se apresuró a pedir una cerveza, parecía que le urgiera. Mientras estaba en la barra, miraba en todas direcciones, como si buscara algo o a alguien, pero pronto torció el gesto por no encontrar lo que quería. Para ella quedó claro que lo que ese hombre buscaba era una chica que no estuviera acompañada por hombres. De hecho, le pareció que tenía pinta de ser el clásico soltero tímido de vida rutinaria y círculo social cerrado.

Se levantó de su silla en la mortecina esquina y se dirigió hacia él. Sentía curiosidad por saber qué hacía un hombre como él en un lugar como ese. ¿Estaría desesperado por compañía femenina? ¿Buscaba a alguien en concreto? Averiguarlo le llevaría poco tiempo y, además, aprovecharía para espantar a aquel tipo que poco tenía que hacer allí. Cuando estaba relativamente cerca, sintió un escalofrío, una sensación conocida que la enfureció: aquel hombre apestaba a sangre de Condenado. A veces, algunos de ellos usaban a mortales para hacer recados, conseguir más fácilmente ciertos recursos o simplemente como criados. Recibían el nombre de esclavos y nunca llegaban a tener una buena vida.

La sangre de los Condenados tenía un efecto muy potente en los humanos. Les vigorizaba, les hacía más fuertes y rápidos y les rejuvenecía la piel; pero también los iba esclavizando poco a poco. Con una gota de su sangre era suficiente como para comenzar a sentir simpatía por él, pero, si la alimentación se iba prolongando con el tiempo, finalmente el desdichado llegaría a sentir una absoluta e incurable adoración.

Ahora las cosas habían cambiado. Ya solo se le planteaban dos posibles hipótesis: o ese hombre se servía de los beneficios de su esclavitud para tratar de seducir o bien venía a buscar a una víctima para llevársela a su amo. Si fuera la primera, se limitaría a espantarlo del lugar con una contundente amenaza, pero la segunda era algo mucho más serio. A ella no le gustaban las intromisiones de otros Condenados en su bar. Era muy territorial y no perdonaba este tipo de ofensas a la ligera.

—Hola —dijo ella con una sonrisa curiosa, aunque en realidad lo que más deseaba era propinarle un puñetazo en la boca y romperle cada hueso de su cráneo. Ahora que estaba cerca, también advirtió que olía a farmacia.

—Hola —contestó él boquiabierto. Aquel saludo le pilló por sorpresa y tardó un poco en reaccionar—. ¿Cómo te llamas?

—Marie —respondió ella. Él pareció extrañado por su estética exótica

y Marie no se sorprendió.

—Yo soy Damien —el hombre aparentaba estar nervioso, no parecía estar acostumbrado a hacer nada de aquello—. Bonito lugar, ¿eh?

—Sí —afirmó ella ocultando sus ganas de reírse de él en su cara—. No vienes mucho por aquí, ¿no?

—La verdad es que no. Soy de Céret y nunca había venido a este pueblo. Pero es bonito... supongo.

—¿Y cómo has acabado en este pueblo alejado de todas las miradas?  
—el hombre se puso un poco más nervioso. No supo muy bien qué responder, no había preparado esa respuesta.

—Bueno, conocer mundo, quizás —dijo sin convencimiento.

—Pues aquí no conocerás mucho.

El hombre sonrió con timidez y centró la mirada en su cerveza. Entonces fue cuando cayó en la cuenta de que puede que no fuera mala idea invitarla a algo.

—¿Quieres beber algo?

—No —contestó—, ya he bebido demasiado y no creo que deba beber más.

En aquel instante, comenzó a sonar en los altavoces una canción llamada *Me* del grupo alemán *Asp*. Damien no había escuchado jamás ese tipo de música y, a decir verdad, le desagradaba. Prefería un repertorio más clásico del folclore francés, pero no sabía muy bien qué decir y estaba empezando a bloquearse.

—Buena música, ¿eh?

Ella no respondió. Se lo quedó mirando con seriedad sin que él, más atento a su cerveza, se diera cuenta. Estaba empezando a aburrirse, y no le apetecía demorar más las respuestas con aquel mortal que le parecía tan sumamente aburrido. Queriendo acelerarlo todo, le preguntó:

—¿Te apetece salir a dar una vuelta?

Él hombre se quedó atónito. Nunca creyó que flirtear con una mujer tan guapa fuera tan fácil. Siempre fue alguien tímido que habitualmente estaba acostumbrado a ser la eterna amistad de las mujeres por las que se sentía atraído, si bien era un afecto fingido. Damien nunca había llegado a valorar la personalidad de una mujer, solo su cuerpo y lo único

que siempre había querido era tener sexo, aunque ahora había un propósito más elevado para él.

—Sí, por supuesto.

Damien salió primero del local, abrochándose la chaqueta y agradeciendo por sus adentros dejar de escuchar toda aquella música que le taladraba la cabeza, y por inconsciente inercia la condujo hasta su coche.

«¿Ya? —se dijo Marie—. ¿Tan rápido? Te he invitado a ir a dar una vuelta, pero no he dicho en coche. Me trata como a las putas a las que paga por echar un triste polvo ¿Cuándo se extinguieron los caballeros? Bueno, en realidad, en mi puta vida he visto ninguno... y tampoco creo que necesite ninguno.»

Él, ajeno a los pensamientos de su acompañante, simplemente se limitó a abrir la puerta y mirarla sonriente. Ella entró y se sentó, percatándose antes de que Damien miraba a su alrededor para comprobar si había algún transeúnte nocturno. Marie sonrió con malicia.

Como si algo lo hubiera demorado unos instantes, él tardó en entrar y sentarse. No parecía en un comienzo muy dispuesto a sacar llave alguna para arrancar el automóvil, pero sí era obvio que se estaba poniendo más nervioso por momentos. Ahora es que a ella comenzó a llegarle un aroma que le resultaba familiar y supo distinguirlo enseguida: cloroformo.

—¿No te gusta pasear de noche por los pueblecitos? —preguntó él sin saber muy bien qué estaba haciendo.

—Sí —contestó ella—. Y ¿a dónde piensas llevarme?

Él pareció dudar durante unos instantes, parecía que estaba tomando una decisión trascendental y tuviera que tomarla con valentía, hasta que finalmente se armó de valor y rápida y violentamente llevó al rostro de Marie un paño blanco empapado.

—Muy lejos —dijo él pareciendo estar a punto de entregarse al llanto.

El cloroformo no afecta a los Condenados, pero Marie fingió luchar y simuló que sus fuerzas iban menguando por el sopor. Quería llegar hasta el final para ver si en verdad él planeaba trasladarla a algún sitio y conocer en persona a su amo. Finalmente, cuando ella aparentaba estar dormida, Damien puso sus manos al volante y trató de tranquilizarse. Estaba hiperventilando y a punto de vomitar por los nervios.

—Lo siento —se disculpó creyendo que su víctima no podía

escucharle.

Sacó las llaves del bolsillo con sus manos temblorosas y pareció dudar en arrancar el coche. Se la quedó mirando antes de hacer nada y volvió a guardárselas, parecía que ahora estaba dispuesto a hacer algo más antes de cumplir con su misión. Se bajó los pantalones y los calzoncillos y comenzó a acercarse con timidez su mano a los pechos de Marie. Ella, que no estaba dispuesta a dejarse manosear de esa forma por un mortal y menos por alguien tan, a su juicio, patético como él, con un movimiento rápido y firme llevó su mano izquierda al cuello de Damien y lo empotró contra el cristal. Ahora parecía estar descolocado e indefenso, trataba de asimilar cómo había cambiado todo tan de improviso.

—Se acabó el paseo, payaso —el mortal, que se esforzaba por mantener la respiración, quedó atónito ante esa sobrehumana muestra de fuerza—. Hubiera preferido que me llevaras tranquilamente a tu amo para darle una buena paliza, pero has tenido que intentar saciar el hambre de tu pequeña polla de mortal y lo has jodido todo. Ahora vas a explicarme a quién tenías planeado llevarme a no ser que quieras que te arranque tus sucias pelotas y te obligue a tragártelas —para imprimirle más credibilidad a la amenaza, llevó su mano derecha a la entrepierna del atemorizado mortal. Al fin, Damien comenzó a percatarse de qué tipo criatura estaba ante él y se maldijo por haber sido tan tonto. Trató de hablar, pero la excesiva presión en su garganta se lo impedía, por lo que Marie, más por querer averiguarlo todo definitivamente que por piedad, la aminoró —Contesta o te vas a desangrar con la boca llena de eso que querías meterme.

—Si lo hago, él me matará —respondió él desesperado.

—Si no lo haces te mataré yo —aseguró ella—. Conmigo, al menos tienes la oportunidad de escapar muy lejos antes de que él se entere... eso si no acabo con él antes. Acabaría con tus preocupaciones y con las mías. Pero vas a decírmelo ahora.

—No puedo huir. Es algo horrible que te persigue y te encuentra siempre, no se puede escapar de él —Marie lo zarandeó con violencia hasta hacerle llorar—. Por favor, no te lo puedo decir, pero juro que me marcharé de aquí y no volveré jamás —ella rió a carcajadas.

—Eres un jodido idiota que no entiendes nada. Tu puta vida no me importa una mierda, ni tampoco lo que hagas con ella. Solo quería una respuesta y no me la has dado.

De pronto, como si hubiera sido poseída, entró en cólera y apretó su mano derecha para arrancar con facilidad los testículos. Con el rostro desencajado por el dolor, Damien gritó hasta que Marie le metió en la boca aquello que hasta hace poco estaba pegado a su entrepierna. Fuera

de sí, queriendo acabar con los molestos quejidos del mortal, introdujo sus dedos en el abdomen del ya sentenciado a muerte y le arrancó de cuajo el costillar. Finalmente, hincó sus colmillos en el cuello y bebió de su sangre, cortando definitivamente el delicado fino de vida que aún le quedaba. Pocas personas llorarían la muerte de Damien, hombre solitario sin sueños que apenas vivió por no saber cómo vivir.

Cuando el miedo más hondo, el hambre más aguda o la ira más intensa amenazaban con dominar a un Condenado, en ocasiones se veían subyugados ante su propio instinto de supervivencia más primitivo, convirtiéndose en insaciables máquinas de matar. Además, el linaje al que ella pertenecía estaba marcado con la maldición de la rabia.

No sintió remordimiento alguno. Para ella, los mortales eran solo comida o marionetas que existían para los Condenados, si bien tampoco se dedicaba a ir asesinando a la gente sin un buen motivo. Tenía un negocio y éste dependía de que hubiera clientes.

Salió del coche y se acercó a uno de los pequeños riachuelos que atravesaban caprichosamente el hermoso pueblo, para limpiarse las manos y la cara, aunque la sangre de la ropa no podría quitarla tan fácilmente. Por suerte para ella, la lenta lluvia otoñal que estaba comenzando a precipitarse la ayudaría.

Cuando el sol se puso, se le presentaba una noche como las demás, después apareció una cara nueva que le trajo a la cabeza preguntas e ira, ahora ya solo le quedaba la territorial obsesión por hacerle una visita al amo del cadáver, lo único que quedaba de lo que hace unos minutos era una persona que respiraba. Estaba, en cierta forma, enojada consigo misma por no haber sabido controlarse, pero ahora eso daba igual. Averiguar quién era el amo, si es que acaso lograba conseguirlo, era algo que podría llevarle mucho tiempo, demasiadas noches empleadas en tratar de encontrar a alguien que, si sabía lo que se hacía, no dejaría rastro; pero tenía una opción. Hacía tiempo que no trataba con un viejo conocido y aquella noche era la adecuada.

De un salto, atravesó el riachuelo y se metió entre la maleza del bosque. Por casualidades del destino, estaba muy cerca de donde quería llegar. Pronto se encontró con unas peñas que custodiaban una fuente a la que ya casi nadie acudía, donde existía una entrada oculta a una caverna. Era el único acceso conocido a una red de túneles conectada a las cloacas del Saint-Laurent, el lugar donde se debía ir si se quería contactar con alguien que se hacía llamar *Rat*. Normalmente, los Condenados se daban a conocer con nombres diferentes con el paso del tiempo y pocos decidían conservar el que tuvieron en vida.

Marie entró con naturalidad y sin miedo alguno. Era algo que había hecho muchas veces y sabía que tan solo debía activar el interruptor de

una bombilla de baja potencia, casi devorada por las telarañas, y aguardar con paciencia. Cuando emitió luz, los arácnidos comenzaron a huir de su luminosidad, sintiendo el creciente y para ellas desagradable calor que los iba quemando poco a poco. Tras unos breves minutos de espera, comenzó a sentir una aura antinatural que la crispaba, era como una mezcla de un frío helado salido de un glaciar y el agobiante hedor de un cuerpo putrefacto en un día caluroso. A pesar de conocerlo muy bien y haberse encontrado en numerosas ocasiones con él, jamás había podido acostumbrarse a su presencia.

—Hola, Marie —saludó alguien que apenas se dejaba ver de entre las sombras.

—Hola Rat.

—Veo que no pierdes las buenas costumbres —dijo mostrando un anormalmente delgado y pálido brazo que señalaba a la sangre que ensuciaba la ropa de la mujer.

—Era solo un idiota que no quiso responder a mis preguntas —contestó con una sonrisa sin gracia. Realmente, no estaba para bromas o juegos.

—Y por eso vienes aquí, ¿no es cierto? Vienes a por respuestas.

—Sí —afirmó lacónica.

Y, finalmente, Rat se dejó ver. Su figura humanoide era similar a la de un hombre con una delgadez provocada por una enfermedad terrible y mortal, y su piel era carente de pelo en su totalidad y grisácea aunque con una tonalidad muy clara, muy parecida a la de la luna. En su rostro, similar al de un cadáver azotado por el frío, destacaban dos ojos grandes de mirada curiosa aunque intimidatoria. Rat pertenecía a un linaje de Condenados enfermos y horripilantes que prácticamente se veían obligados a ocultarse entre las sombras del subsuelo del mundo. Un linaje que pocos soportan, pues trae consigo la pestilencia. Entonces, la criatura rió a sonoras carcajadas que parecían las de una hiena ronca. Marie odiaba esa risa.

—Qué casualidad, yo estaba deseando darte respuestas y así saldar al fin mi deuda. Lo hiciste muy bien con aquel mortal, la verdad, no ha vuelto a acercarse por aquí. Podía haberlo matado, pero a veces no es bueno regalar tanta muerte. Los mortales son como molestas hormiguitas metomentodo, si matas a una, pronto se te llena la casa de de un ejército de fastidiosas obreras para buscar y recoger su cadáver y no te queda más remedio que usar métodos más... enérgicos. Y seguro que ninguno queríamos eso en este pueblecito. ¿No es curiosa la ironía? Somos más fuertes, más formidables que ellos, pero aún así los necesitamos para

alimentarnos y no podríamos seguir existiendo sin ellos. Debemos ocultarnos bajo su sombra, somos los Condenados y debemos existir en la clandestinidad de sus miedos.

—Busco a alguien —se apresuró a cortar el largo discurso—. Alguien que ha traído un esclavo a mi bar, alguien a quien pienso dar una paliza.

—Oh y estoy seguro de que la ofensa será vengada, pero espero que tengas algo más de información que poder darme. A muchos Condenados les gusta tener esclavos a los que torturar y aplastarlos hasta hacerlos crujir como si fueran escarabajos de duro caparazón.

—El esclavo al que he matado decía ser de Céret —recordó—, pero los que envían a sus recaderos a por alimento son precavidos y los buscan en lugares donde no se les pueda relacionar con ellos.

—Tampoco me aporta mucho eso —aseveró antes de expectorar con una tos ronca y espeluznante que erizó el cabello de Marie.

—Ya lo sé, joder —contestó malhumorada—. Quizás sea algún recién llegado a la zona o alguien dispuesto a joderme. No tengo nada más.

Rat permaneció en silencio durante largos segundos, observándola con una sonrisa escalofriante. Parecía que estaba esperando algo más por parte de ella, hasta que al final Marie comprendió que él sabía algo más.

—Habla —le espetó con rudeza—. Suelta lo que tengas.

—Lo cierto es que existe una curiosa casualidad. A pesar de que es hace poco cuando se ha decidido a mostrarse, lleva un tiempo husmeando por los alrededores, investigando las idas y venidas de otros Condenados. Por supuesto, no ha pasado desapercibido para mí. Pero un día se presentó aquí, ante la Regente, para pedir sus derechos de dominio sobre un Condado. Por supuesto, qué Condado en particular es un secreto y es de muy mala educación preguntar esas cosas, por lo que decidí esperar prudentemente a que las noticias caigan del árbol en lugar de tener que averiguarlo yo con mi propio esfuerzo. No obstante, algo me dice que un Condenado de su Linaje no tardará en meterse en problemas y buscarse enemigos, así que, si sabes ser paciente, puede que alguien te haga el trabajo.

—No necesito que me hagan el trabajo —aseguró ella sonriente—. Quiero ser yo misma la que le dé una lección a ese payaso.

—No lo dudo, pero de momento no tienes otro remedio.

Rat estaba en lo cierto. Al parecer, nadie salvo la Regente sabía cuál era el territorio del nuevo morador de los alrededores, por lo que no tenía

más remedio que aguardar para poder ir a buscarlo.

—Has dicho que un Condenado de su linaje no tardará en meterse en problemas —recordó Marie—. ¿Por qué? ¿A cuál pertenece?

Rat estallo en histéricas carcajadas de hiena otra vez. Tras unos segundos de risa, que más parecía cruel diversión, se serenó y respondió:

—Es un Necrófago.

Tras la respuesta, el rostro de Marie se mostró grave. A pesar de que antaño poblaron numerosos países de Europa y Oriente Próximo, en las noches modernas era muy poco frecuente encontrarse con uno, y sus costumbres salvajes, incluso para un Condenado, siempre traía contratiempos para todos. Su salvajismo les hacía ser respetados adversarios y malos vecinos.

—Problemáticos hijos de puta —dijo ella.

—Sí, ahora lo sabes y harías bien en tener prudencia. No tengo dudas de que la salvaje e indomable Marie termine aplastándolo como a una cucaracha, pero un Necrófago siempre es un asunto serio.

Una vez más, Rat tenía razón. Aunque no le tenía miedo, prefería estar atenta a que otros Condenados alzaran las antorchas y formaran una turba. Esperaría al momento propicio y después procuraría ser la primera y la última en desquitarse.

—Bien, considera tu deuda saldada. Ya nos veremos.

—Oh, sí, de eso estoy seguro —aseguró él con su espeluznante sonrisa en la boca—. Algo me dice que se acercan acontecimientos que harán de Saint-Laurent un lugar más entretenido.

A Marie le intrigaron las palabras de Rat, pero no quería seguir en esa cueva. Salió de ella sin despedirse y se quedó contemplando como la lluvia caía sobre los tejados de las casas. Podía escuchar desde allí la música de La Grotte, fundiéndose con el continuo sonido de las gotas de agua al caer.

Ya había hecho lo que tenía que hacer, aunque le quedaba todavía un asunto por arreglar: tenía que deshacerse de un cadáver y de su coche, tenía que ocultar el cuerpo sin vida de aquel desdichado esclavo.

## Capítulo 4

### Negocios y política

Una noche más, Olivier despertó, con aquel preciado cuadro próximo a él esta vez. Necesitaba sentir que había algo de ella cerca de su cuerpo ahora que no podía regresar a su sepulcro. Al contrario de lo que acostumbraba, se levantó con energía, se dirigió al baño para darse una buena ducha, todavía tenía en su abdomen manchas de sangre y el cuerpo sucio tras haber mordido el polvo en el suelo de forma tan violenta, y se vistió en un santiamén. Guardó de nuevo el lienzo en la maleta y salió de su casa, sin poder evitar sentir una punzada de tristeza al acordarse de la pobre y hermosa Coralie. La echaría de menos, pero, ahora más que nunca, era peligroso tenerla ahora a su lado.

«Es lo mejor que puedo hacer por ella —se dijo—. Es lo mejor que he podido hacer siempre por las mujeres en mi vida: dejar que se alejen de mí. Al fin y al cabo, siempre fui incapaz de encontrar mi sitio en el mundo.»

Montó en su coche, lo arrancó y condujo hasta La Grotte, un pub nocturno que solía poner música del género metal, a pesar de que sabía que visitar aquel lugar podría acabar mal para él. Pero, después de haberse enfrentado a un Necrófago, aquello le parecía un juego de niños. Cuando en su día llegó a Sant-Laurent, al menos se preocupó por saber qué Condenados habitaban con ese pueblo, y averiguó que La Grotte era el Condado de Marie, un nombre muy dulce para alguien tan territorial y terriblemente iracundo. Jamás se había topado con ella en el par de años que llevaba allí, o eso creía, pero su fama la precedía y cualquiera que fuera un poco sensato trataría de evitar ir a su encuentro. Pero Olivier tenía ahora problemas mucho mayores y puede que parte de sus soluciones estuvieran en aquel pub.

Aparcó el coche y, sin bajarse de él, observó durante unos minutos como de vez en cuando la gente entraba o salía. Aunque él no tenía ni idea ni le importaba en qué día *vivía*, era miércoles, por lo que el establecimiento no estaba muy concurrido, no era un pueblecito con una vida nocturna muy ajetreada... para los mortales, claro está. Finalmente, se apeó y caminó tranquilamente bajo la lluvia hasta la puerta del local. Ahora, desde afuera, podía oír la música del interior, melodías que no había escuchado jamás y que le resultaban aberrantes, teniendo en cuenta que él tenía más de ciento cincuenta años y que apenas había estado en contacto con los cambios culturales de los últimos tiempos más

allá de no desentonar en la vestimenta.

Por fuera, La Grotte aparentaba ser oscuro y de visita desaconsejada, parecía un burdo intento por modernizar una casa vieja hecha con bloques de piedra que podrían perfectamente ser casi tan viejos como el mismo Olivier, y por dentro, como era de esperar, no defraudaba y tampoco desentonaba con el exterior. Un hombre de ya cierta madurez y cara enjuta y de pocos amigos estaba tras la barra, examinando con curiosidad al extraño que acababa de entrar, alguien a quien, probablemente, ninguno de los presentes había visto jamás.

En cuanto entró, sintió la presencia antinatural de otro Condenado. Podían sentir a otro de su especie como si de un sexto sentido perceptivo se tratase, algunos incluso podía percibirlo desde una gran lejanía, pero el aura que podía apreciar ahora estaba cerca. Giró su cabeza hacia su derecha y vio a una mujer sentada en la zona más oscura, una mujer que lo observaba con el ceño fruncido y mirada desafiante. Sobre ella, había una bandera con un, a juicio de Olivier, extravagante dibujo de una criatura diabólica que trataba de parecer un cadáver de expresión amenazadora. No tenía ni idea de qué significado oculto tendrían las palabras *Iron Maiden*, pero tampoco le interesaban mucho los entresijos de los tiempos modernos.

Se acercó a la barra y pidió una cerveza. No importaba qué tiempos corrieran, la cerveza era una bebida que había acompañado a los mortales desde épocas antiguas y, casi con toda probabilidad, seguiría haciéndolo durante siglos. Por supuesto, no tenía intención de probarla, aunque algunos Condenados podían saborear y seguir disfrutando de la comida y la bebida, él no había querido desarrollar esa afición tras la muerte. Observó a la gente que había allí, pero no encontró nada de interés, ni siquiera en una hermosa muchacha que vestía unos pantalones negros ajustados y un corsé rojo oscuro que realzaba su figura. Quizás, el recuerdo de su amante mortal estaba aún demasiado fresco o puede que su mente estuviera ahora inmersa en otros asuntos que le parecían de más relevancia.

No tardando mucho, la mujer sentada en la mortecina esquina se levantó y se acercó con decisión. Ahora podía verla con claridad: sus cabellos trenzados, negros como el azabache, le llegaba hasta la cintura, y sus ojos marrones e intensos observaban desafiantes sin temor a cruzarse con otras miradas. Llevaba puesto una sencilla camiseta de tirantes blanca, unos pantalones oscuros sujetos por un ancho cinturón con amplias tachas adornándolo y una calzado sencillo deportivo. Su belleza no encajaba en los clásicos estándares, pero era belleza igualmente, salvaje y exótica, imposible de ignorar. Se apoyó en la barra con gesto retador y dijo:

—Últimamente, veo demasiadas caras desconocidas. ¿Quién coño eres y qué haces aquí?

Olivier la miró con seriedad, no le gustaba aquel tono, pero quería algo de ella y prefería hablar con tacto en favor de una causa mayor: recuperar la paz de su pueblecito.

—Solo he venido a hacer negocios rápidos. En cuanto los termine, me marcharé de aquí lo más rápido que pueda.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella con una sonrisa sarcástica en el rostro—. ¿No te gusta mi bar?

—No —se sinceró sin tardanza.

—Pues puedes irte si quieres. Mira, ahí tienes la salida —le indicó ella haciendo un ademán hacia la puerta.

En aquel mismo instante, comenzó a sonar una canción llamada *Scissors*, del grupo *Jinjer*, una música que a Olivier le estaba resultando profundamente desagradable por su rudeza.

—Como ya he dicho, he venido a hacer negocios, no a escuchar esta endemoniada música que se hace ahora o, como ya te puedes imaginar, a beber cerveza.

—¿Que se hace ahora? —repitió arqueando su ceja derecha—. ¿De qué mierda de tiempo eres?

Olivier no ocultó su sorpresa. Preguntar por la edad o el pasado vivo de un Condenado era una falta de respeto muy grande, una grave ofensa que, incluso, le había costado la vida a muchos, especialmente en los tiempos del Medievo.

—Eres atrevida —dijo él—. No, más bien temeraria. Por eso elegiste vivir en este pueblecito, ¿verdad? Las grandes ciudades pronto ponen en su sitio a los temerarios.

Aquel comentario la enfureció visiblemente. No estaba dispuesta a que un completo desconocido que se acababa de presentar en sus dominios se atreviera a pasarse de listo. Lo miró desafiante a los ojos y acercó su rostro hasta casi tocar con el de Olivier.

—Me estás empezando a caer mal y yo le arranco los huevos a la gente que me cae mal. Creo que será mejor que saques tu trasero de aquí antes de que te obligue a salir por las malas.

—Como ya he dicho, quiero hacer negocios. ¿Quieres dinero? ¿Sí o no?

—No necesito dinero de nadie —aseguró ella altiva, alejándose de nuevo de él.

—Si fuera así, no tendrías este local. No tienes pinta de que te gusten los mortales, a pesar de tener que vivir de su dinero.

La respuesta directa y mordaz de Olivier la dejó sin palabras durante unos segundos. Incluso, disipó el gesto de violenta soberbia que estaba manteniendo con él hasta ahora.

«Es joven —se dijo él—, no debe haber estado en nuestras noches ni cincuenta años. Pero tiene potencial, fuerza en el cuerpo y el alma. Si domara su genio, podría existir durante siglos.»

—Creo que te has ganado una buena paliza —amenazó ella cogiéndole con fuerza del brazo, dispuesta a sacarlo afuera a rastras.

—Escucha, mujer—se apresuró a interrumpir él—, estoy dispuesto a pagar mucho dinero por lo que quiero. El dinero, para mí, no es problema.

Marie se detuvo. Era orgullosa y no de ese tipo de personas que se vende por billetes, pero últimamente sus finanzas empezaban a tambalearse y un poco de dinero extra no le vendría mal.

—Tienes diez segundos para hacer que me guste lo que me dices o te sacaré a patadas.

—Necesito un arma. Una arma buena. Una pistola de las pesadas, capaz de volarle la cabeza a un tipo con el cráneo muy duro.

Sorprendida, ella lo miró de arriba abajo y lanzó una carcajada burlona que se pudo escuchar por encima de la música en todo el local.

—No tienes pinta de llevar *pipa* —al principio, Olivier no pareció entender a qué se refería con esa última palabra, lo que a ella le divirtió—. No tienes pinta de llevar pistola.

—Por eso quiero una... *pipa* —aseguró el sonriendo con complacencia, aunque sintiéndose un poco estúpido al utilizar una palabra tan ridícula para algo tan mortal como podía ser un arma—. Todos los Condenados, tarde o temprano, necesitamos una.

—Yo no necesito ninguna. Siempre me ha gustado más la satisfacción

de machacar un cráneo con un buen bate.

—Algún día, por un motivo u otro, la necesitarás, acuérdate de lo que te digo. Sé precavida y procura no esperar al último momento, como he hecho yo, o puede que seas incapaz de evitar verte haciendo negocios indeseados en un lugar indeseado.

El consejo parecía sensato y acalló la boca y el genio de Marie. De pronto, se le antojó que aquel extraño que se acababa de presentar en su bar no era alguien a quien se deba subestimar a la ligera. Ella asintió y, soltándole del brazo, dijo:

—Está bien. Puedo conseguirte una para mañana, pero serán dos mil euros —Olivier se sorprendió cuando ella pronunció tan elevado precio—. Conseguir armas ilegales en este país no es fácil. Además, dijiste que el dinero no era problema, así que pienso sacar una buena tajada de todo esto.

—Serán dos mil euros —concedió él asintiendo.

—Pero tendrás que decirme con quién la quieres usar —Marie sentía bastante curiosidad. ¿Para qué querría ese desconocido de apariencia inofensiva un arma de ese tipo en aquel lugar? ¿Vendría de otro pueblo con la intención de que no se le relacionara en su hábitat con la compra de un arma?

A Olivier se le desdibujó por completo del rostro su característica y peculiar serenidad. Ya había un Condenado que sabía de la tumba de su amada y no quería que hubiera más. Prefería no aclararle nada, quería sumergir aquel problema en el secretismo y solucionarlo sin que nadie supiera de sus pormenores. También se le pasó por la cabeza mentirla y saciar su curiosidad de forma sencilla, pero, si a ella le daba por investigar su mentira, podría complicar o retrasar la compra. Así que, finalmente, se decidió por la opción que le pareció más sensata: no dar detalles.

—No —contestó lacónico.

—Yo te doy el arma, pero quiero asegurarme de que no va a salpicarme cuando la uses.

Él se quedó pensativo. Lo primero que se le pasó por la mente fue la posibilidad de que Marie podría conocer a aquel endiablado ser, de que podría tener negocios con él, e incluso de que podría llegar a advertirle. Pero lo dudaba, tenía la impresión de que el Necrófago y Marie no tenían nada que ver. Quizás, al menos, no fuera tan terrible hablarle de la criatura, sin que ello perjudicara en alguna forma a su cometido, aunque

tenía sus reservas.

—Se trata de alguien —comenzó a responder dubitativo—. Alguien que ha llegado aquí hace poco y que se ha metido en mi territorio.

Entonces fue cuando ella se acordó de su conversación con Rat y sus advertencias y consejos. ¿Se trataría de una coincidencia? ¿Tendrían ambos un enemigo común? Si fuera así, tenía que averiguar dónde estaba, su necesidad de venganza no iba a disiparse tan fácilmente.

—¿Es un Condenado? —inquirió ella con una seriedad que sorprendió a Olivier.

—Obviamente, aunque, personalmente, creo que tiene más de demonio que de Condenado.

—Todos tenemos en el fondo un demonio que luchar por salir —aseveró ella acordándose de todas aquellas veces en las que su genio la había dominado—. ¿Es él un Necrófago?

La pregunta lo pilló desprevenido. El rictus grave que ahora tenía Marie lo alertaba, aunque seguía pensando que ella no tenía nada que ver con la criatura.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó sin intención de ocultar ni un ápice de la preocupación que asomaba por su rostro. La conversación había tomado un cariz en el que las apariencias poco parecían importar ya.

—He enterrado un esclavo suyo que cometió el error de meter sus narices en mi bar. Ahora quiero ajustar cuentas con su amo, así que las condiciones del trato van a cambiar: serán mil euros e iré contigo a hacerle una visita a ese cabrón.

«¿Otro más cerca de su tumba? —se dijo él inquieto—. No debería consentirlo. No puedo exponerla aún más al mancillamiento. Soy yo el guardián de su sepulcro, el celador de su recuerdo, debo ser yo el que la proteja de toda intrusión, es mi cometido.»

—Creo que no lo entiendes —contestó tratando de escoger cuidadosamente sus palabras—. Está en un sitio muy querido para mí, en un lugar del que prefiero que nadie sepa.

—Pues parece que no has conseguido que sea tan secreto, después de todo —se mofó ella sonriente, vengándose de sus anteriores comentarios sagaces—. Te lo voy a dejar muy claro: no me importan nada tus lugares, tu pasado o tu existencia, lo único que quiero es patearle el culo a ese hijo de la gran puta. Además, si quisiera, podría averiguar lo que quiera sobre tu Condado o lo que quiera que sea lo que tanto defiendes.

Lo sé todo sobre todos en este pueblo.

—Lo dudo, llevo tiempo aquí y ni siquiera sabías de mi.

—¿Sí? —preguntó ella sonriendo de nuevo y cruzándose de brazos—. ¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Porque hace un momento, cuando entré aquí, yo era una cara desconocida —recordó él sonriente—. ¿O lo has olvidado?

A Marie se le borró de un plumazo su actitud guasona y lo miró con cierta inquina, aunque en el fondo toda aquella conversación la había divertido.

—Esas son mis condiciones, tómalas o déjalas —puntualizó cruzando los brazos.

Las cosas no habían salido como Olivier esperaba. Podría tratar de conseguir el arma en otros lugares, pero eso significaba, quizás, demorar demasiado su venganza, y cada minuto que aquel inmundo ser permanecía cerca de aquella tumba, significaba aumentar las posibilidades de que violara su pasado y de que deshonrara lo que más había amado. Lo mejor era no perder más el tiempo. Al menos, al parecer, podría contar con un aliado contra aquella criatura.

—¿Tendrás la pistola para mañana? —Marie asintió—. Entonces iremos mañana mismo a por él —ella sonrió complacida, si bien su sonrisa a él se le antojaba cruel.

Olivier pagó su cerveza, de la cual no había bebido ni un sorbo, se despidió con un ligero movimiento de cabeza y comenzó a caminar hacia la salida.

—Ven aquí mañana y trae lo que quiero —dijo ella antes de que él posara su mano sobre la puerta.

Olivier se dio la vuelta con un gesto divertido dibujado en su boca.

—¿Me invitas a volver? Creía que no te gustaba ver a otros Condenados en tu bar.

—No te hagas ilusiones. Solo quiero que me des el dinero aquí, en mi territorio. Cuando terminemos de hacer negocios, sacarás tu culo pálido de aquí y más te vale no volver a acercarlo.

Finalmente, Olivier se marchó. Marie se quedó pensativa, recordando cada palabra de la conversación y forzándose a no reconocer que aquel misterioso y desconocido Condenado había despertado interés en ella.

Debía averiguar más sobre él antes de finalizar el trato.

Olivier se subió al coche y comenzó a conducir con un rumbo fijo, aún tenía una visita pendiente.

\*\*\*

Cuando llegó a Saint-Laurent, conoció a Jérémy, un Condenado que había estado un tiempo viviendo allí y que le puso al corriente de las idas y venidas del pueblecito, de sus curiosidades y de sus moradores. Al parecer, Jérémy era un Condenado muy sociable que llevaba mucho tiempo sin relacionarse y necesitaba comunicarse y expresarse con frecuencia, algo que Olivier aprovechó para informarse. Le contó muchas cosas de aquella que se hacía llamar *Victoire*, que no era ni más ni menos que la Regente. Le reveló cuáles eran los lugares que frecuentaba, también que su pasado estaba sepultado en el más profundo de los secretismos y que, según se decía, llevaba siempre un velo oscuro que impedía verle la cara porque quería ocultar un rostro parcialmente marcado por el fuego.

Dejó el coche en una pequeña explanada cubierta de gravilla cercana a aquella mansión alejada de toda civilización, cuya lujosa puerta ornamentada con hermosos cristales de colores estaba custodiadas por dos hombres trajeados y fornidos, probablemente obedientes esclavos que protegerían con su vida a su misteriosa propietaria. Dos farolillos de tímido brillo sobre el porche era lo único que despedía luminosidad más allá de sus puertas, si bien se podían apreciar varias ventanas que emanaban luz desde el interior. Cuando se acercó a la entrada, uno de los dos hombres dio un paso al frente y le dijo:

—La señora Victoire no espera visitas esta noche.

—Necesito hablar con ella de un asunto que me urge —contestó Olivier.

—Solo se pasa con autorización o cita y la señora no espera visitas —reiteró.

—Dejadlo pasar —ordenó un hombre de tez oscura que acababa de salir de la oscuridad tras Olivier—. La regente espera su visita. De hecho, la espera desde hace mucho tiempo. Creo que nuestro visitante no es un hombre muy educado.

Los dos esclavos abrieron la puerta y se hicieron a un lado. Olivier observó un instante al hombre a su espalda, percatándose de que se trataba de un Condenado, alto y fornido, de aspecto amenazador que sonreía ahora con cierta malicia, y cruzó el umbral de la mansión.

Al contrario de lo que hubiera podido creer en un principio, el interior no era un esfuerzo por hacer gala de la suntuosidad en la mayoría del decorado, aunque sí se podían apreciar varios hermosos cuadros de paisajes y retratos, todos ellos desconocidos para él, más acostumbrado a practicar y admirar otro tipo de arte. Un hombre alto y delgado, de cara lánguida, aspecto cansado y ojos tristes, fue a su encuentro y le indicó que le siguiera, conduciéndolo a través de un pasillo revestido por paredes de madera oscura, que desembocaba en un recibidor interior iluminado por una magnífica lámpara *chandelier* de cristal. Allí se podían vislumbrar una gran colección de arte con cuadros de todas las épocas y estilos y, al fondo, se hallaba una escalera imperial de hermosa y cara factura por la que ascendieron. Quizás, aquella sala fuera lo más valioso de aquella mansión. Una vez en la segunda planta, el esclavo abrió una lujosa puerta victoriana de madera de caoba, para mostrarle una mortecina habitación iluminada débilmente por dos lámparas de pared antiguas, donde se podía distinguir a alguien que estaba sentado ante un robusto y viejo escritorio bien restaurado. El esclavo le invitó a pasar y, cuando Olivier ya se hallaba en el interior, pudo distinguir que aquella figura era la de una mujer, bien engalanada con un vestido negro y una pámela oscura con un tupido velo que no dejaba distinguir ninguna facción de su rostro. Sin duda, ella era la Regente.

—Pasa —dijo ella con voz autoritaria.

La mayor de las veces, los Regentes pertenecían a un linaje de nobles y acaudalados que se hicieron con el poder de la noche de los Condenados cuando el Imperio Romano estaba en su mayor esplendor. Se decía, que descendían del mismísimo Eneas y, aunque en un tiempo aún más antiguo se les conocía como los Dardanio, tras el avance hegemónico del latín en Europa los de su linaje se harían llamar los Regale. Eran los reyes de la noche, si bien su maldición era el orgullo y era común que sus existencias acabasen al *hundirse con su barco*. Su riqueza era inigualable, su porte altivo y de apariencia sabia, y su palabra incapaz de ser ignorada. La voz de un Regale sonaba altanera aunque melodiosa, era capaz de despertar sentimientos de adoración, congoja, respeto o una mezcla de los mismos. Incluso, a Olivier se le antojaba familiar, como si un amigo o algún conocido de la época más feliz de su vida le estuviera aconsejando sabiamente de buena fe, lo que le produjo una extraña sensación de melancolía.

—Llevo tiempo esperando una visita de cortesía por tu parte —dijo ella—, pero creo que no estás aquí para cumplir ningún protocolo, ¿no es

cierto?

Era común que, como si de una visita de la nobleza de los tiempos del Medioevo se tratase, todos los recién llegados se presentaran ante el Regente y declararan si estaban de paso o tenían pensado quedarse. Aunque no era algo obligatorio, era una forma de mostrar respeto y Olivier no hizo nada de eso cuando llegó a Saint-Laurent.

Al principio le costó responder, aquella voz le oprimía el pecho y extrañamente hacía brotar sentimientos que llevaban enterrados mucho tiempo.

—Cierto —contestó al fin—. Estoy aquí para reclamar un Condado. Un lugar santo para mí al que pertencí en vida.

—Mezclar la vida con la muerte nunca ha sido bueno para nosotros —señaló ella—. Lo mejor, siempre, es dejar morir el pasado junto a todos aquellos que murieron con él.

—El pasado es todo cuanto nos queda de lo que fuimos, y somos lo que somos gracias a él. No podemos esquivar esa verdad.

—Hemos trascendido. Tenemos toda la eternidad para servir a un fin más elevado, mientras que los mortales solo viven para perpetuar su especie. Nos hacemos llamar Condenados, pero no estamos malditos, es un don, una oportunidad, un regalo.

—Y yo tengo una causa, más santa que ninguna otra —aseguró Olivier con absoluto convencimiento.

—Y ¿cuál es esa causa? Si es que puede saberse.

En un principio, pareció dudar sobre si debía sincerarse, pero si quería conseguir algo de esta conversación puede que mentir no fuera una buena idea. Engañar a un Regente era un delito.

—Recordar a alguien. Recordar a la mujer que más he amado tanto en vida como en muerte.

La Regente se quedó callada durante un instante, como si se le hubieran atragantado las palabras. Pareciere que respetaba el empeño de Olivier, no obstante dijo:

—No me parece un fin elevado ni algo que deba ser tomado a consideración entre los que intentamos hacer de nuestra noche un mundo más fuerte.

—Para mí, sí lo es. Mi eternidad es mía y yo decido en qué deseo emplear mi tiempo en ella.

—Eso es cierto —aseveró ella—. Y, aunque tu elevada causa no nos beneficie en nada, tampoco nos perjudica. Eres como el pajarillo que hace su nido lejos de la civilización, evitando su ruido y a su perniciosa gente, un pajarillo que en nada afecta en el día a día. Y, por supuesto, prefiero tener a un pajarillo revoloteando que a un Necrófago husmeando.

Olivier recordó las palabras de la criatura. Dijo que el pueblecito era suyo ahora y que le pertenecía por derecho. Sin duda, él mismo había venido a reclamarlo.

—Hay algo muy querido allí para mí y él amenazó con mancillarlo. Es un sepulcro, la tumba de alguien de mi pasado al que respeté mucho y él manifestó su intención de destruirlo por simple diversión. No os pido comprensión, pero sí, al menos, compasión.

—La compasión no es una virtud que abunde en nuestras noches, nuestra supervivencia nunca se ha visto ligada a ella y son los crueles y maquinadores los que se coronan y evitan convertirse en cenizas. No obstante, soy una Regente que trata de conocer a todos los que moran en su Ducado, incluso a aquellos que no se presentan formalmente, y soy consciente de que aquel lugar puede llegar a tener una importancia significativa para alguno de ellos, por lo que solo le concedí el Condado con la condición de que respetara cada piedra de él. Le ordené que jamás tocara ningún sepulcro de ese cementerio.

—Es un Necrófago —recordó él con cierta resignación—, hará lo que le antoje cuando se le antoje y no respetará pacto alguno, usted lo sabe —a pesar de que la habitación era oscura y que aquel tupido velo le impedía distinguir muecas o facciones, Olivier sí se dio cuenta de que la Regente estaba sopesando detenidamente sus palabras—. Ese pueblo me pertenece por derecho de vida y de muerte.

—Pues debiste haberlo pensado antes y haberlo reclamado a su debido tiempo —recriminó ella—. De hecho, si lo hubieras hecho, nos habrías ahorrado a todos un problema. Tampoco puedes esperar favoritismo a la hora de solicitar un territorio porque éste estuviera ligado a tu vida pasada, estamos muertos, no lo olvides.

—Si os molesta esa criatura, entregadme el Condado y todo se habrá arreglado —sugirió Olivier tratando desesperadamente que atendiera a sus razones—. Será mío oficialmente y podré expulsarlo con motivo.

—¿Quién te crees que eres? —espetó con tanta rudeza que hizo enmudecer al nervioso Olivier—. Todos sois iguales. Venís aquí mendigando favores y territorios, tugurios o parajes abandonados que

poco me importan, mientras que yo tengo que gobernar un Ducado con todo lo que ello conlleva. Ese maldito Necrófago se presentó ante mí y me pidió ese Condado que nadie había reclamado y yo soy una Regente que cumplo las normas, por lo que no me quedó más remedio que entregárselo, a pesar de que lo último que quiero es que ensucie mi territorio. Y ahora tú vienes a pedirme que yo transgreda las reglas por alguien que cree que puede vagar libre por la noche de los Condenados sin mostrar respeto por su Regente. Lo siento, pero no puedo hacer tal cosa —esas palabras descorazonaron profundamente a Olivier, que permanecía cabizbajo y pesaroso. Probablemente, esa resignación era más fruto del poder de la voz de la Regente que de la misma fuerza de su propio espíritu—. No obstante, los Necrófagos son problemáticos y violentos, sin duda no tardando mucho se meterá en problemas e, incluso, puede que acabe convirtiéndose en cenizas. Por supuesto, no me esforzaré en investigar nada si desaparece.

Olivier captó el mensaje: las reglas ya no valen, solo la violencia. La única vía por explotar que le quedaba ahora era la de destruirlo y, por suerte, ya había allanado esa senda.

—Gracias por su atención —dijo él.

—Podéis retiraros —puntualizó ella.

Sin alargar más la visita, Olivier salió de la habitación y se apresuró por estar de vuelta en su coche para regresar a Saint-Laurent. Lo que más deseaba ahora, era observar de nuevo el lienzo.

Dentro, en la sombría habitación, la Regente, que aún no se había movido de su asiento, hizo sonar una pequeña campana que tenía sobre su escritorio. Pronto, el delgado y bien vestido esclavo acudió a su encuentro y se inclinó.

—Haz que venga Jean Pierre.

\*\*\*

Olivier había llegado a la puerta de su casa. Estaba hambriento, pero antes de salir para alimentarse, quería contemplar una vez más su más valiosa posesión. El afecto que sentía por ella era inigualable por ningún otro objeto que hubiera tenido en vida o en muerte, y parecía necesitarla más ahora que se sentía alejado de su amada. Observó absorto durante unos instantes las ventanas oscuras y la puerta envuelta por pintura blanca ya sucia y desconchada, acordándose y añorando a Coralie. Le

gustaba la sensación de que alguien estuviera en su casa cuando él regresaba, esperándole y preguntándose por su paradero, pero ahora era de nuevo un hogar solitario en el que ya ni siquiera hacía falta encender las luces. Su cama volvería a estar fría cada vez que regresara.

Cuando apenas había introducido la llave en la puerta, sintió un escalofrío que lo alertó: podía sentir la antinatural presencia de otro Condenado al otro lado. Aunque pronto el temor y la furia ante un acto tan osado se disiparon abruptamente, conocía bien esa presencia y ya no se sentía amenazado. Sonrió. Esa inesperada visita suponía añadir la guinda del pastel a aquella noche de negocios y política.

## Capítulo 5

### El dios de la muerte

*En otro tiempo, seguramente hubiera afirmado que soy un monstruo, pero ahora me encanta ser lo que soy. Estoy por encima de la moral o lo éticamente correcto, me limito a hacer lo que sea para sobrevivir. Esa es la ley de la naturaleza, la verdadera ley de los Condenados.*

*"Aliméntate como tu hambre te lo exija, tu existencia depende de ello."*

*Ya no recuerdo quién fui o mi propio nombre. Sé que fui mortal alguna vez, pero lo único que queda en mi memoria es la noche y la sangre... y no necesito más. Mientras otros se dedican a fornicar, parlotear y a convertirse en ceniza, yo sobrevivo, soy un superviviente y permaneceré en este mundo hasta que no quede nadie de quien alimentarme. Soy el dios de la muerte. Triunfaré donde los demás han fracasado.*

*Tampoco recuerdo cuánto tiempo llevo siendo lo que soy. Yo diría que es bastante, siglos, tal vez. Realmente ya no necesito contar los días o saber en qué año vivo, el paso del tiempo se ha convertido en algo irrelevante para mí. El tiempo ahora me produce carcajadas.*

*Me encantan los mortales. Sobre todo, su tuétano. Es delicioso. Saborearlo es como un orgasmo en la punta de la lengua que la deja adormecida y palpitante. También me gusta tener el éxtasis de los vivos. Adoro alimentarme de los huesos de un hombre y violar a su amante mientras lucha entre gritos y sollozos, toda embadurnada con la sangre de la persona que una vez amó. La sangre de un corazón roto y mancillado posee un sabor especial y distinguible. A veces, puedo dejarla viva para que recuerde nuestra noche de pasión hasta que la muerte le llegue. Sí, ellos mueren, nosotros continuamos.*

*Me gusta aullar por las noches como si fuera un lobo. Salgo al bosque y grito, esperando que otro acepte el desafío, pero por más que aguardo nunca nadie lo hace. Solo me responde el eco y el viento. Fui mortal, luego Condenado y ahora soy algo superior. Soy una bestia inmortal que se alimenta de lo que le place y que no tiene que responder ante nadie. Estoy por encima de todos y de todo, y jamás se han atrevido a interponerse en mi camino... o, si lo han hecho, ya no están en este mundo. Soy como un dios imperecedero que elige quién vive y quién muere, y que juega con mortales y Condenados de igual forma y sin remordimientos. Soy el dios de la muerte. ¿Y qué es un mortal para un*

*dios? ¿Qué importa para él una criatura cuya vida es un parpadeo? Nada, no es nada. Solo parte de un decorado animado donde, aunque cambie de músicos, siempre se toca la misma melodía. ¿Y un Condenado? Lo mismo. Solo una parte más de una la cadena, una cadena que yo sujeto y elijo cuándo arrancar un eslabón o cuándo romperla en pedazos.*

*Ya no temo a dioses o creadores porque ahora estoy a su altura. Soy el dios de la muerte.*

\*\*\*

La criatura se quedó observando la lucha entre las oscuras nubes y la luminosa luna, escuchando con deleite su propio eco. Estaba en lo alto del campanario en ruinas del pueblo y permanecía en cucullas. Cerró los ojos y se dejó acariciar por la brisa otoñal, como si encontrara placer y paz en el fresco y vagabundo soplo del viento. Abrió los ojos y descendió por la desmejorada pared, sin miedo a que ésta se derrumbara tras él y cometiera la terrible osadía de sepultarlo. Tenía hambre y sabía que su esclavo no iba a venir, sentía que había muerto.

Raptó a ese pobre desdichado en a las afueras de una pequeña ciudad y le obligó a alimentarse con su sangre de inmortal para tenerlo esclavizado y que obedeciera dócilmente. Le usaba únicamente para enviarlo a Saint-Laurent y que le trajera ocasionalmente alguna muchacha de allí, quería ir dejando a sus Condenados sin presas poco a poco por simple diversión. Sabía que eso atraería ojos observadores y la furia de muchos, pero no le importaba. Al fin y al cabo, se creía el dios de la muerte, se creía por encima de todo y que nada podría jamás con él.

Comenzó a correr por el bosque sin ningún rumbo en particular, como si pensase que el destino siempre le sería favorable en cualquier circunstancia y lo condujese por una existencia de ventura o lo cobijara bajo su suerte o protección. En su trepidante carrera, podía escuchar numerosas bestias huir de él despavoridas: jabalíes, corzos, aves nocturnas... todas las criaturas parecían temer al *dios de la muerte*, como si causara temor y respeto y nadie quisiera acercarse a él para que no se posara y adormeciera su cuerpo por siempre. Pero para el *dios de la muerte* era indigno alimentarse de criaturas tan insignificantes, éstas debían ser conscientes de su propio destino más allá de su instinto de supervivencia, debían saborear el miedo como solo puede hacerlo un ser inteligente, alguien que pudiera ser capaz de concebir temores no reales e imaginar depredadores abominables lejanos a la razón. El instinto de todo ser vivo era lo que trataba de preservarlo en el mundo, pero el poder de la imaginación es lo que diferenciaba al ser humano del resto de criaturas,

su capacidad para crear de la nada en su mente y transformar todo lo que le rodeaba en un mundo totalmente nuevo. Y él disfrutaba convirtiendo ese poder en las más oscuras y horribles pesadillas.

Corrió entre maleza y árboles, haciendo temblar el suelo con cada pisada y provocando que cada criatura que pudo percatarse de la presencia de aquel ser antinatural se estremeciera. Sentía como el frío viento azotaba su cuerpo y como la lluvia gélida se depositaba sin temor sobre él, sin que nada de aquello tuviera la capacidad para frenar su marcha o hacerle dudar en sus intenciones. Trotó hasta llegar a una negra y empapada carretera que serpenteaba caprichosa entre el bosque y los montes. Para él, aquello no era más que un camino que el destino había dispuesto para él, para que se alimentara, diera rienda suelta a sus placeres y llevara las pesadillas a quien fuera digno de ellas. Volvió a gritar una vez más, complacido por aquel regalo del hado, esperando que al fin alguna criatura de este mundo se atreviera a hacer frente a su desafío. Pero, una vez más, esperó en vano, si bien eso alimentaba sus delirios ególatras.

«Soy la sombra sibilina que se lleva la vida —se dijo sonriente—, soy el miedo en los ojos de los agonizantes, soy la respuesta a las plegarias de los que rezan para acabar con su dolor, soy la noche eterna y victoriosa de este mundo. Soy el dios de la muerte.»

Continuó su rápida marcha por el oscuro pavimento, siguiendo el brillo del reflejo del ahora débil resplandor de la luna sobre el agua de lluvia, como si éste fuera una señal del camino que debía seguir. Corrió enérgico sintiendo que nada podría detenerlo jamás, hasta que percibió una extraña vibración en el suelo y escuchó un rugido que le costó identificar al estar tan ensimismado en sus pensamientos. Rápidamente, se ocultó entre los árboles y aguardó pacientemente, como un perseverante depredador espera a su presa, hasta que pudo ver de qué se trataba: una moto de baja cilindrada con un conductor y un acompañante, ambos ignorantes del peligro que corrían ahora que la mente de la criatura maquinaba con malevolencia. El destino de aquellos mortales había sido sellado.

Como si de un jaguar acechante se tratara, aguardó hasta el último segundo y saltó con ferocidad sobre la moto, provocando que ésta saliera despedida y se deslizara sobre la carretera mojada, mientras que sus dos ocupantes cayeron al suelo y se quedaron conmocionados. Sin perder un segundo, la criatura se abalanzó sobre el conductor, le quitó el casco con violencia y, antes de que éste pudiera darse cuenta del horrible ser que se hallaba ante él, fue desangrado rápidamente con un certero mordisco en el cuello. Una vez que su víctima había muerto, clavó sus garras en la espina dorsal del cadáver y la arrancó con facilidad, con una extraordinaria velocidad y eficiencia que solo se adquiere con la práctica de las décadas, y comenzó a jugar y a hacer crujir las vértebras para

alimentarse de su médula ósea. El acompañante apenas pudo distinguir en la oscuridad la horripilante escena y con esfuerzo trataba en vano de incorporarse para encontrar a su compañero que, hasta hacía bien poco, estaba vivo. Una vez que la criatura había terminado de saciar su extravagante hambre, corrió hacia él y, ahora que olía el periodo, pudo apreciar que se trataba de una mujer. Practicó una repelente mueca de felicidad en su rostro y le quitó el casco con lentitud, aunque con firmeza. Ella, que lo observaba casi en estado de shock, comenzó a temblar de miedo, si bien trataba de convencerse de que solo se trataba de una espeluznante alucinación.

—Hola, preciosa —dijo él con su aberrante voz que nadie querría jamás escuchar—. Voy a glorificarte con un regalo que pocas han tenido el inmenso honor de recibir. Te voy a convertir en mi esposa durante las próximas noches y te poseeré una y otra vez hasta que pierdas cada hueso de tu efímero cuerpo de mortal.

La pobre mujer, que entendía poco de lo que estaba sucediendo, comenzó a gemir de terror cuando el ser la alzó sobre sus hombros y comenzó a correr con velocidad sobrehumana a través del sombrío bosque. Chilló y trató de zafarse, pero la presa de la criatura era demasiado fuerte para cualquier ser humano y solo pudo moverse torpemente de un lado a otro, agradando de esta forma a su captor. Sentía placer con la lucha de su víctima.

Llegaron al pueblo abandonado, donde nada nuevo los esperaba, solo las ruinas y el viento. Él la arrojó sobre el suelo del cementerio, le arrancó la ropa mientras ella forcejeaba en vano y suplicaba y también se quitó la suya de un tirón. Comenzó a violarla con salvajismo disfrutando del dolor que le producía a aquella desdichada su miembro, más parecido a una sierra que a un miembro humano. La había moldeado él mismo, con toda su malsana crueldad, para este tipo de ocasiones en las que elegía una mujer con la que divertirse y violarla.

—¡Por favor! —chillaba con espanto la mujer, aunque poco a poco su espíritu fue doblegándose hasta que sus súplicas se convirtieron en balbuceos repetitivos.

De pronto, la visión de aquella sangrienta escena y las súplicas de su víctima le hicieron tener una regresión y su mente le jugó una mala pasada. Ahora pudo volver a vivir, con la misma intensidad que cuando sucedió por primera vez, como su hermano, al que su padre le llamaba *el tonto* de forma despectiva, sufría una inhumana paliza por parte de éste. El desdichado muchacho, deficiente mental, llamaba a su adorado hermano una y otra vez para que lo salvara de los crueles golpes, mientras el padre se desquitaba por sus frustraciones, si bien era el alcohol el que transformaba su desprecio en ira desbocada. Un drama, quizás habitual en otra época, en la que muchos niños, que tuvieron la

desgracia de nacer diferentes en el momento equivocado, sufrieron injustos destinos. Abandonados al nacer, castigados de forma abusiva o enclaustrados por familias que, presas de la ignorancia y las circunstancias culturales de su tiempo, eran incapaces de quererlos y se avergonzaban de ellos.

Apresado por el dolor emocional y el pánico, la bestia se apartó repentinamente de la pobre mujer y gateó hacia ninguna parte en particular, hasta que el muro de vetustas y húmedas piedras detuvo su avance y, desesperado, comenzó a llorar lágrimas de sangre y a golpearse la cabeza con los puños, como si de esa forma pudiera alejar aquellos recuerdos que lo atormentaban. A su lado, como si de una caprichosa casualidad se tratase, estaba aquella tumba que Olivier tanto amaba. La bestia la observó compungido y se abrazó desesperado a su desgastada cruz.

—¡Perdóname! —imploró sollozando, como si por un instante su humanidad hubiera desbordado el muro de la bestialidad en la que estuviera encerrada y pudiera hacerle comprender todo el mal que estaba cometiendo. Parecía buscar el perdón en la difunta mujer cuyos huesos se hallaban en aquel sepulcro—. *iRobert, Robert!* Gritaba él, pero nada podía yo hacer. Clamaba mi nombre pero siempre le fallé, nunca pude ayudarle. Mi pobre hermano me tenía siempre entre sus súplicas hasta que sus ojitos se cerraron para siempre y ya nunca necesitó llamarme de nuevo. Lo siento, hermano, lo siento. Jamás me he podido perdonar no haberte ayudado nunca, pero ¿qué podía yo hacer? Madre, ¿por qué permitiste todo eso?

Como si hubiera salido de una horrible pesadilla, el Necrófago reaccionó y trató de serenarse. Soltó la cruz y se levantó con ira forzada, prefería sentir eso al dolor, para dirigirse con decisión a su víctima, a la cual apenas le restaban fuerzas ya para llorar o suplicar. Quitó una de las viejas losas que custodiaban los sepulcros de un nicho e introdujo con cruel violencia a la desafortunada mujer. Ella, que no tenía fuerzas para luchar o resistirse, apenas fue consciente de qué le estaba sucediendo y tampoco se percató de que ahora se hallaba entre huesos rancios y la madera podrida de lo que una vez fueron féretros.

El ser, todavía afectado por aquel episodio angustioso para él, empezó a correr a toda la velocidad que sus piernas inmortales le permitían y comenzó a liberar su frustración contra las ruinas de moradas y muros, golpeándolos con fuerza y derribando con facilidad paredes ya semiderruidas. Arrojó varias veces su cabeza contra las rocas para tratar en vano de que los gritos de su hermano dejaran de sonar en su mente. Ya no se sentía un dios o un ser superior, solo una criatura frágil cuyo pasado tenía la facilidad de atormentarle y subyugarle, y se odiaba por ello. Arañó y se hirió al rascarse los brazos con sus afiladas garras, como si quisiera quitarse de ése modo los recuerdos y todos aquellos

sentimientos que lo torturaban, pero solo consiguió desesperarse aún más.

Aunque era muy infrecuente, no era la primera vez que pasaba por aquello y creía tener la certeza de cómo apaciguar todo aquel dolor. Buscó un lugar apropiado, algún rincón apartado en el bosque, y cavó con energía, rápida e incansablemente, usando sus propias manos para remover la tierra, mientras la voz de su hermano lo llamaba en su cabeza. Cavó hondo hasta una profundidad que se le antojó adecuada y se metió en el hoyo para cubrirse con la misma tierra. Se enterró para matar sus recuerdos y aplacar su martirio, se enterró para no escuchar nada a pesar de que aquella llamada seguía resonando en su mente como un eco incesante, se enterró para morir otra vez durante el día y volver a salir la noche siguiente, de nuevo, como el *dios de la muerte*.

## Capítulo 6

Toda la eternidad juntos

—Hola, Marthe —dijo Olivier tras abrir la puerta de su casa y encontrarse a una hermosa mujer de cabellos rizados teñidos de caoba. Llevaba puesto un ligero vestido veraniego de color claro y estaba sentada en una de las incómodas sillas de madera de la entrada, con las piernas cruzadas elegantemente, mostrándolas de una forma sensual y balanceando suavemente la que tenía en alto para jugar con una sandalia ornamentada. Era extraño verla con ese vestuario, ella era, quizás, la mujer más elegante con la que se había topado en toda su vida y muerte, y rara vez se ataviaba con algo que no fuera un vestido distinguido y caros zapatos de tacón. Pero Olivier, que la conocía muy bien, sabía perfectamente que lo que ahora pretendía era aparentar sencillez y cercanía.

Ella sonrió y se levantó con seguridad, se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos, mirándole fijamente con sus preciosos ojos de color azul grisáceo.

—Te voy a seguir el juego. Voy a respetarlo y te llamaré *Olivier*, pero es una pena, siempre me han gustado los nombres de las culturas clásicas mediterráneas.

—El nombre no importa —contestó él—, solo importa lo que hacemos. ¿Sabes que es muy temerario e irrespetuoso entrar sin invitación en la morada de un Condenado?

—¿Sí? —preguntó ella con tono burlesco—. ¿Quién te enseñó eso?

—Mi Mater.

—No creo que yo necesite invitación para entrar en tu casa. Pero, dime: ¿quién es tu Mater?

—Una mujer muy hermosa y refinada que me eligió a mí, aunque todavía no entiendo el motivo —respondió él sonriendo también.

—No sé —dijo ella jugueteando con los dedos en los labios del hombre al que abrazaba—. Tienes pinta de tener alma de poeta.

—Siempre he sido un poeta horrible —aseguró él riendo.

—A veces, las palabras son incapaces de acompañar a los sentimientos, especialmente si son intensos. Siempre he creído que faltan palabras en todos los diccionarios —lo estrechó entre sus brazos y le besó.

La lluvia volvía a sonar en el exterior, repiqueteando ocasionalmente sobre las ventanas y acompañando al leve murmullo del viento, que se hacía notar de forma veleidosa. Durante el instante que duró aquel beso, Olivier pudo olvidar todos sus problemas, si bien la sombra que su difunta amada proyectaba en su mente era larga e imposible de borrar por ninguna otra persona en el mundo. Cuando sus labios se separaron, él la acarició lentamente y le preguntó:

—¿Qué haces aquí, Marthe? Saint-Laurent no es un lugar hecho para ti.

—Cierto —concedió ella—. Es un pueblo olvidado de la mano de Dios, perdido en el bosque y la montaña. Reconozco que tiene encanto como nido de amor de fin de semana, pero no es mi rincón predilecto. Aunque sí para ti, siempre te ha gustado la naturaleza. Siempre he tenido la sensación de que cada palabra de tus versos estaba impregnada con algún paisaje de tu niñez —él contempló sus ojos con cierto desconsuelo. Ella siempre tuvo la capacidad para ahondar en el fondo de sus sentimientos, muchas veces sin que él dijera una palabra, y sacar a relucir de su interior facetas ocultas, incluso, para él mismo —. Te conozco muy bien, Olivier —añadió como si fuera, una vez más, capaz de adivinar sus pensamientos.

—Podrías haberme conocido mucho mejor, pero siempre te ha gustado más hablar que escuchar —estas palabras borraron la sonrisa del rostro de Marthe, aunque era una verdad de la que sí era consciente—. Tus sentimientos y palabras siempre han estado en un primer plano ante todo lo demás, tus vivencias siempre han sido las más importantes y tus lecciones las más sabias. Ojalá eso nunca te pase factura en las noches.

Aquellas evidencias la enmudecieron y solo permaneció observándolo, parecía que en el fondo la hubieran dañado viniendo de él. Olivier volvió a acariciarla, como si quisiera consolarla.

—Ahora, cuéntame. ¿Por qué estás aquí?

Él sabía que ella no hubiera visitado de grado aquel pueblecito. Ella amaba París y, salvo por capricho de visitar alguna otra gran ciudad europea, jamás se le pasaba por la cabeza abandonarla más de una noche. Marthe estaba allí por algún motivo y quería saber cuál era.

—He venido a buscarte —la respuesta no pilló de sorpresa a Olivier, aunque sí su limpia franqueza libre de evasivas y chanzas—. Quiero

llevarte de nuevo a París, quiero que disfrutemos aún más el uno del otro en esa ciudad mágica y que retomemos lo nuestro. Sé que no hicimos bien algunas cosas, pero podemos hacer que todo cambie.

Olivier había escrutado su rostro con cada palabra que salía de sus finos labios y sabía que había algo más, aunque creía que eso ya no sería tan fácil de adivinar. En el fondo, aquella proposición le animaba, era como un soplo de aire fresco a su actual vida llena de monotonía y recuerdos repletos de pesar, como si acompañarla pudiera librarle de un amor que jamás podría ser correspondido. Pero sabía que solo sería un engaño, se mentiría a sí mismo y jamás podría olvidar a la persona que descansaba en aquel sepulcro. Además, ahora no podía ni plantearse abandonarlo todo, sentía la obligación de regresar al pueblecito y librarlo de aquella abominable criatura.

—No puedo. Tengo muchas cosas por hacer todavía aquí.

Ella pareció contrariada. No le había gustado la respuesta, aunque en el fondo sabía perfectamente que él se negaría, no obstante no iba a desistir en su intento con tanta facilidad.

—¿Qué esperas conseguir de todo esto Olivier? Esa tumba solo tiene huesos que no te pueden escuchar, amar o dar las gracias.

—No espero ni quiero agradecimiento. Lo hago porque creo que tengo que hacerlo.

—Vamos, Olivier —replicó ella, ahora con una sonrisa sarcástica dibujada en su rostro—. ¿Vas a pasarte toda la eternidad llorándole a una tumba? Ya es hora de que empieces a ser un Condenado y de que abandones tus tontos juegos —Olivier la apartó de él con repentina brusquedad y la miró con rabia, aunque también había un cierto matiz de dolor en su mirada.

—Cállate —espetó—. Siempre has hecho lo mismo, desde que te conozco te has creído por encima de mí y de todos. Siempre te has tomado la libertad de reírte y burlarte de mí y de mis pensamientos. Me has tratado con condescendencia demasiadas veces ya, es algo que no pienso tolerar más. No espero que entiendas lo que hago, pero sí que, al menos, lo respetes. No voy a ir a París contigo, me quedaré aquí y seguiré con mi día a día por muy aburrido o absurdo que te parezca. Espero que te haya quedado claro.

—Olivier, el pasado está igual de muerto que nosotros, déjalo morir —razonó ella esta vez con expresión más amable—. Tienes toda una eternidad por delante y la estás desperdiciando. Además, si regresas allí puede que esa bestia acabe contigo. No quiero que te ocurra nada malo. Me convertiría en una tonta demasiado sentimental como tú y me

aferraría a tu recuerdo demasiado.

Parecía asustada ante la posibilidad de que el Negrófago acabara con Olivier, si bien él se preguntaba ahora cómo era posible que ella estuviera al corriente de aquello.

—¿Cómo sabes lo del Negrófago, Marthe? —inquirió sorprendido.

—Yo socializo, Olivier, me relaciono con gente. No soy como tú, no le tengo miedo a salir ahí fuera y conocer a otros Condenados, me gusta disfrutar de la eternidad y no...

Como si hubiera escuchado alguna palabra demasiado hiriente, Olivier, preso de la furia, la empujó con fuerza contra la pared, la agarró con firmeza de las muñecas y le mostró los colmillos, un gesto intimidatorio en su especie. Marthe estaba perpleja y aterrada, era muy inusual ver a Olivier recurriendo a la violencia y jamás le había visto hacer una cosa como esta, y, mucho menos, se le ocurriría pensar que él pudiera desear hacerla daño. Pero a él se le había pasado por la mente una perversidad y quería aclararlo con contundencia.

—Júrame que no está aquí por ti —dijo casi fuera de sí—. Quiero que me mires a los ojos y me digas que no lo has traído tú.

Ella pareció tardar un poco en reaccionar y en comprender a qué se refería, pero finalmente, sintiéndose en apariencia dolida, respondió:

—¿Cómo me crees capaz de algo así?

—Júramelo.

Marthe, mirándolo a los ojos, no se esforzó por ocultar cierta decepción y con lentitud, como si le pesaran las palabras por la pesadumbre que le provocaba que él la creyera tan traidora y mezquina, le dijo:

—Lo juro por mi padre.

Olivier la soltó casi en el acto, sintiéndose profundamente arrepentido de sus dudas y su comportamiento impulsivo. Sabía que su padre había sido la persona más importante de su vida y que nunca mancillaría su nombre con una mentira. Giró la cabeza a un lado al no ser capaz de mirarla a los ojos.

Ella lo examinaba ahora en silencio, percatándose de que aquel hombre que una vez fue su amante había sucumbido ante el pesar del pasado, uno de los mayores peligros para un Condenado. Si se cae en ese pozo, es difícil después salir de él, te atrapa en un remolino de

autocompasión y melancolía que poco a poco va llevándote al suicidio o, lo que es peor, a una eternidad de locura. A pesar de su gesto violento, se compadeció de él y tomó la determinación de ayudarlo, aunque todavía no sabía bien cómo.

—Aún no me he alimentado —recordó ella—. Voy a salir de caza. Deberías venir conmigo, así podrías corregir mi travieso comportamiento, estoy segura de que no te gustaría que por desconocimiento tocara a alguna de tus amantes mortales y la hiciera daño —él asintió sin girarse, todavía no podía mirarla a cara. Sentía vergüenza y se maldecía por haber caído, una vez más, bajo sus impulsivos arrebatos y haber querido dañarla. Un error más que apuntar a su interminable lista—. He oído que hay dos locales nocturnos en este pueblucho, podemos ir a ver qué nos pueden ofrecer.

Olivier sonrió sin ganas y se giró para intentar mirarla a los ojos de nuevo, aunque no tuvo valor para hacerlo.

—Solo deberíamos entrar en uno. El otro no es recomendable visitarlo... no hoy, al menos —Marthe lo miraba esperando que le diera detalles—. Es el Condado de alguien muy peculiar que no dejará que lo pisemos y no merece la pena el riesgo.

—Olivier, mírame —la orden de Marthe sonó cálida, cercana. Se acercó a él y sujetó su rostro con las manos—. Abandona de una vez las culpas, llevan demasiado tiempo acompañándote —se hizo un largo silencio en el que solo se miraron a los ojos, hasta que ella finalmente lo rompió—. Este puede ser un pueblecito perdido de la mano de Dios, pero no voy a salir así, de ningún modo. Antes vas a acompañarme para que me cambie. Y, ahora, vámonos, tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre —recordó él con una sonrisa amarga dibujada en sus labios.

—Me alegro de que todavía te acuerdes.

\*\*\*

*La Morsure Amère* era el pub nocturno más frecuentado de Saint-Laurent y los alrededores y podía llegar a tener un caudal de clientela bastante considerable. Pero era miércoles y, aunque no solía haber mucha gente entresemana, el pub, misteriosamente, abría sus puertas cada noche. Muy pocos sabían que la dueña de *La Morsure* era, nada más y nada menos, la Regente y ésta lo mantenía abierto todas las noches del

año para que fuera un coto de caza permanente y neutral para todos los Condenados de su Ducado. En realidad, esa era una práctica común en los Regentes de todo el mundo, evitaba problemas como las disputas por violación de Condados y allanamientos de moradas mortales, entre otros muchos. Una inversión económica a cambio de una relativa paz en ciertos aspectos.

Marthe, ahora estilizada con un sensual vestido negro y zapatos de tacón italianos, se apeó y miró el coche de Olivier con sonrisa burlona.

—La verdad es que me parece bastante indigno de mi elegancia, pero como has sido tú mi *chauffeur* te lo perdono. Dejaría que me llevaras en cualquier cosa si fueran tus manos las que lo condujeran.

—Lo dudo —respondió él tras bajarse también.

—¿Lo dudas?

—Si quieres, puedo ir a buscar un carretillo para llevarte a donde quieras.

Marthe rió para sus adentros y fingió con sobreactuación una ofensa inexistente, aunque, en el fondo, aquella chanza sí le hirió en cierta forma. Le recordó a otro tiempo en el que ellos dos eran amantes y se comportaban con una naturalidad y desparpajo que pocos eran capaces de alcanzar en la noche de los Condenados. Lo que más quería ahora era recuperar todo aquello, a pesar de que sabía de sus inconvenientes y dificultades.

Entraron en el local. Era amplio para tratarse de un pub de pueblecito, pero angosto y aburrido para alguien acostumbrado a las grandes veladas nocturnas parisinas. No había muchas personas, aunque tampoco necesitaban una multitud. Solo querían alimentarse.

—Tendré que acordarme de lo mucho que te quiero con cada paso que tenga que dar en este sitio —bromeó ella—. Espero que sepas valorarlo.

Se acercaron a la barra para pedir cualquier bebida alcohólica de la que no probarían ni gota y comenzaron a contemplar a los clientes, tratando de encontrar a aquellos que se convertirían en sus presas esa noche. Mujeres y hombres, todos ellos inmersos en la embriaguez, la música y el flirteo, dejándose llevar por los comportamientos estereotípicos, ajenos a que depredadores anhelantes los observaban. Subterfugios, mentiras, seducción, afecto sobredimensionado, consumo y abuso de drogas y alcohol, y un sinfín más de pautas y matices que normalmente hacen de la festividad nocturna algo vacío. Pero, para los Condenados, no era más que un juego de niños, un territorio de caza o

una forma de divertirse con los mortales, ya que sus noches entre iguales trascienden de toda conducta humana.

Entonces, como una joya luminosa en medio de un estanque de aguas oscuras y sucias, apareció una hermosa mujer que heló la sangre de Olivier. Rápido pudo percatarse de que también había acaparado la atención de Marthe, la cual no ocultó el interés en su mirada, pero él no podía permitir que aquella mortal sufriera daño alguno.

—Ella no —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Marthe a pesar de que se imaginaba la respuesta.

—Porque ella se va a ir —contestó mientras se disponía a ir al encuentro de aquella muchacha.

—¿Ahora te dedicas a defender a chiquillas? Siempre has tenido un complejo de caballero andante —se mofó ella, aunque en el fondo lo entendía. Al fin y al cabo, aquel comportamiento para con los mortales era la esencia de su linaje.

Olivier se acercó a la chica y la llamó por su nombre:

—Coralie —ella pareció quedar sorprendida, aquel extraño, el cual se le antojaba exóticamente atractivo, parecía conocerla.

—¿Te conozco?

Ahora que la miraba a los ojos, pudo ver en el fondo un hueco ansioso por ser llenado, un vacío espiritual que marcaba su ser con matices de pesadumbre. Lo veía en su mirada. Sabía que él era el causante de aquello y se sintió amargamente responsable.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó.

—No sé. Sentía la necesidad de buscar a alguien, aunque no sé bien a quién —contestó un poco aturdida. En lo más hondo, notaba que conocía a aquel hombre, pero no podía ubicarlo en ninguno de sus recuerdos. Tampoco podía evitar sincerarse ante él, era como si la música del local se hubiera convertido en ecos casi imperceptibles y en su cabeza solo existieran la voz y la presencia de ese desconocido.

Sin que ella pudiera evitarlo, Olivier condujo con suavidad el rostro con una caricia y la miró fijamente a los ojos. Subyugar a los mortales era algo fácil para los de su linaje, algo que usualmente les llevaba a la

perdición.

—Coralie, no busques tu felicidad aquí, no la busques más allá de tu gente más cercana y tu día a día. Céntrate en tu vida y no vagues como un cachorrillo descarriado. Vete a casa y no salgas más sola, no busques esta soledad si en algún momento te sientes perdida.

Olivier sabía lo que había causado en ella y temía que se viera arrastrada por el remolino de su vacuidad y acabara sumida en el alcohol o las drogas. Aquello terminaría con sus sueños, con su vida y con todo lo que una vez había sido ella. Sentía que era responsable de Coralie y su futuro porque él era el culpable de todo ese vacío interior que ahora la carcomía. A la hermosa muchacha le temblaron las manos al acariciar los dedos de aquel desconocido y, sin mediar palabra y con los ojos llorosos, salió por la puerta. Lentamente, con su parsimonia habitual, Olivier regresó junto a Marthe.

—Haces bien en apartarla de ti. Tarde o temprano, ella acabaría mal, lo sabes —él solo asintió—. Y cuando tengas más de trescientos años habrás ya dañado a tantos mortales que empezarán a importarte menos. Es ahí donde puede comenzar tu caída a una peligrosa espiral de indiferencia que te haga perder lo único que te salva y te convierte en algo diferente a lo que son el resto de malditos depravados de otros linajes.

Olivier la miró extrañado. Tenía la sensación de que hablaba por experiencia propia y, por lo tanto, estaba sincerándose y abriendo esa dura puerta de piedra que guardaba sus vivencias más profundas. No era algo común que eso pasara entre Condenados, por lo que sentía que debía aprovechar esa ola de franqueza y obtener ciertas respuestas.

—No creo mucho en las casualidades, no al menos viniendo de ti —dijo él—. Te creo cuando me dices que estás aquí por mí, para llevarme contigo, pero hay algo más, estoy seguro. Justo ahora que esa bestia aparece para fustigar mi paz, tú regresas para librarme de todo eso, pero a un precio demasiado elevado para mí.

—El precio es el de dejar descansar el recuerdo de los muertos. Estoy aquí porque alguien me previno sobre lo que te está pasando. Estás cayendo en el abismo de los apenados y temo que sea tarde para sacarte de él.

Olivier pareció comprender a qué se refería, pues él mismo lo sentía. Pero no quería eludir aquella pesadumbre porque, en lo más hondo, le aportaba una felicidad extraña y una sensación de justicia ante la cruel inclemencia del paso del tiempo y del olvido ligado a él. Su difunta amada era lo que más había querido, tanto en vida como en muerte, su recuerdo era agridulce y lo llenaba de vida, tenía la sensación de que no podría

abandonarla jamás.

—Muchos han caído en eso y el mundo no se detendría porque otro desapareciera por lo mismo.

—Al infierno con el resto, Olivier —le espetó ella—. No te traje a este mundo nocturno para que te ahogaras en tus penas.

—¿Y para qué me trajiste, Marthe? —preguntó él mirándola con seriedad. Esa cuestión la enmudeció temporalmente. Era una pregunta clara y directa a la que ella no tenía una respuesta fácil. Nunca se la había hecho a sí misma y no parecía estar preparada para responderla. La Conversión de Olivier fue más un accidente que algo premeditado, Marthe compartió una noche con aquel mortal que tantos sentimientos era capaz de despertar en ella y, por accidente bebió demasiado de su sangre. O lo traía a la noche o lo dejaba morir. Escogió la opción que le pareció más compasiva en aquel momento, aunque es algo con lo que muchos, puede que incluso el mismo Olivier, no estarían tan de acuerdo.

—Es lo que hacen muchos. Convierten y traen a las noches a otros. Los aman, se separan y después se odian. Porque nuestro mundo es una noche llena de odio y temor.

—Entonces parece que dejarse llevar y morir por amor no es una mala elección después de todo —razonó él—. Una eternidad de odio y temor no es una buena forma de vivir.

—Lo que importa es seguir en este mundo, Olivier. Ninguno, ni siquiera aquellos que han sido capaces de hablar con el otro lado, tiene la certeza de lo que nos espera allá. Aférrate a este lado y no te abandones a ti mismo. ¿De verdad crees que ella hubiera querido que tú te inmolaras de una forma tan patética?

—No lo entiendes. No busco desaparecer de este mundo, no quiero que el viento se lleve mis cenizas. Precisamente, lo que más anhele es vivir toda la eternidad con su recuerdo y que ella sea el último pensamiento que se tenga en este mundo cuando éste acabe.

Marthe lo miró con la compasión perfilando su rostro. Lo acarició y observó sus ojos, tan castigados por ese sentimiento que irremediablemente le obligaba a hostigarse. Deseó ser la protagonista de ese dolor para poder mitigarlo.

—Es un pensamiento hermoso —dijo ella—, pero te engañas, todos lo hacen en tu situación. Con el tiempo, ese sentimiento irá cediendo ante otros aún mayores: terminar con tu sufrimiento y reunirte con ella en el otro lado. Pero yo te juro que eso no te pasará, saldrás de este pozo aunque me odies cuando lo logres. Te lo prometo. Solo espero que algún

día te acuerdes de este momento y que sepas apreciar que por mi amor me gané tu odio —él la contempló confuso. No sabía bien a qué se refería, pero en lo más hondo sabía que pocas veces había sido tan sincera como en aquel instante. Lo leía en su mirada. Se sintió profundamente apegado a ella en aquel momento, aunque también había algo que lo intranquilizaba. Poniendo fin a tan honesta conversación, ella echó un rápido vistazo a dos chicas jóvenes que charlaban en un rincón poco iluminado—. Y espero que también sepas agradecerme que te sirva un aperitivo.

Con un andar elegante como pocos podían imitar, se acercó a ellas sin prisa y se apoyó en la mesa redonda que sujetaba sus bebidas. La muchacha más alta, de ojos claros y vivarachos y media melena lánguida teñida de rojo chillón, como si tuviera la capacidad de adivinar y creyera que aquella desconocida se acercaba para coquetear, la miró con enojo y dijo:

—Oye, ¿te importa? Estamos teniendo una conversación privada y no queremos que nos moleste nadie.

Marthe sonrió divertida ante aquel temperamento que se le antojó osado en su ignorancia.

—Creo que me voy a quedar contigo —aseveró antes de dirigir su atención a la otra, una joven de cabellos dorados lacios y mirada asustadiza. La miró directamente a sus ojos azules claros—. Mi amigo es aquel chico atractivo de la barra y quiere hablar contigo. Ve —sin mediar palabra, acató la orden y se encaminó hacia Olivier, ante la mirada estupefacta de su amiga.

—Oye, no sé quién eres, pero no me van las tías —apenas pudo levantarse para prestar mejor atención al extraño comportamiento de su compañera, cuando sintió el irrefrenable impulso de mirar a aquella entrometida mujer que estaba ante ella. Ahora le parecía arrebatadoramente hermosa, capaz de romper los muros de la heterosexualidad de cualquier otra con solo chasquear los dedos y pronunciar una sola palabra con aquellos labios tan finos y sensuales—. Aunque, joder, eres preciosa.

Marthe rió complacida. Estaba disfrutando al sentir como todo aquel genio se iba disipando tan fácilmente y como toda aquella rebeldía que parecía brillar en el fondo de aquellos ojos mortales se iba convirtiendo poco a poco en adoración. Para aquella muchacha, ya doblegada, aquella risa era música que estaba dispuesta a escuchar cada día de su vida con tal de tener a aquella completa desconocida a su lado.

—Soy preciosa, eres preciosa, pero son solo cascarones —aseguró Marthe—. Somos cascarones que escondemos un interior lleno de miedos,

inseguridades, dolores, dichas... y, en mi caso, a una bestia hambrienta que lo quiere todo. Somos un alma confusa y temerosa que aprende del mundo, un corazón atribulado la mayoría de las veces —entonces la besó tenuemente, apenas rozando sus labios con los suyos, dejando a la mortal en un estado de sumisión total. Después, acercó su boca al cuello y lo acarició con ella lentamente para, finalmente, hincar sus colmillos. La muchacha sintió un sutil dolor al principio, pero pronto fue sustituido por placer y gimió de una forma casi imperceptible. Antes de alejarse, Marthe mordió su propia lengua y lamió las marcas para que sanaran, la sangre de los Condenados, aplicada directamente, posee una capacidad regeneradora con heridas menores de ese tipo—. Deberíais ir a comer algo —sugirió susurrándole al oído—, seguro que estáis hambrientas.

Dejándola casi en un estado extasiado, Marthe la abandonó con la misma elegancia y tranquilidad con la que llegó a ella, cruzándose en el camino con la otra muchacha, que regresaba ahora con andar dubitativo y apenas se percataba de la presencia de aquella extraña mujer que había interrumpido su charla y había trastocado su noche de aquella forma tan peculiar. De esa forma, tan sencilla como rápida, los Condenados eran capaces de entrar y salir de la vida de los mortales, si bien algunos preferían métodos más impactantes o crueles.

—¿Podemos marcharnos ya de este tugurio? —preguntó cuando al fin se encontró con Olivier.

\*\*\*

La noche otoñal pirenaica era fría, especialmente ahora que había escampado y el cielo estaba despejado de nubes. Las calles estaban mortecinas y silenciosas, sin un alma que las transitara salvo ellos dos y el viento gélido montañés que vagabundeaba y azotaba con inclemencia. Marthe caminaba junto a él, agarrada a su brazo derecho en un gesto que habían repetido incontables veces en el pasado, cuando paseaban por las calles de París y podían sentir al menos una cierta felicidad. Ella añoraba aquellos tiempos y, a pesar de que había deseado muchas veces intentar hacer que regresaran, ahora es que comenzaba a darse cuenta de que eso jamás podría ser posible. Aquello pasó y pertenecía solo a su pasado, y hay ciertas oportunidades que solo pasan una vez.

Las calles estaban empapadas por la lluvia que había caído no hacía mucho y el agua que impregnaba el suelo reflejaba la luz amarillenta de las farolas, que iluminaban de forma pobre y tintaban con su tonalidad cada piedra húmeda de cada casa y muro de Saint-Laurent. Aquello era hermoso a su forma, incluso para Marthe, más predispuesta a encontrar

belleza en lugares más urbanos y a contemplar paisajes bucólicos únicamente en lienzos, desde la comodidad de una casa o un museo. Pero los Condenados perciben el mundo como los mortales no son capaces, advierten matices de tristeza y detalles apenas imperceptibles para ojos no dispuestos, convierten el mundo y sus vicisitudes en algo único que apenas puede ser explicado con palabras. Aunque resulte irónico, el mundo posee más vida para un Condenado, alguien ya muerto, que para un vivo.

Olivier se detuvo ante los húmedos peldaños de granito de las escalinatas de la vieja iglesia. Un alto campanario, el lugar más elevado del pueblo y visible desde la lejanía, parecía vigilar silencioso las idas y venidas de los transeúntes y la oscuridad que se adentraba en los confines de los bosques y montes y que se hallaba más allá de donde alcanzaba la luz amarillenta. El reloj de lo alto de la torre indicaba que ya era más tarde de las cuatro de la madrugada, si bien ninguno de los dos tenía la certeza de si se debía otorgar credibilidad a aquel mecanismo ya antiguo y puede que deteriorado.

Dejando de prestar atención al resto del mundo que lo rodeaba, Olivier la miró y escrutó su rostro. Parecía más seria de lo habitual, meditabunda, como si un océano de resignación hubiera barrido y sumergido todo ese caudal de mofas normalmente inofensivas y pícaras que usualmente salían de su boca. No parecía la misma de siempre y creía que él era el culpable de aquello. Pero aún quedaba algo más que quería saber, un pequeño cabo suelto que martilleaba en su mente y no dejaba de acosarlo.

—Antes dijiste que alguien te puso en aviso sobre mí —recordó—. ¿Quién?

Ella pareció recobrar la sonrisa con aquella pregunta, como si le divertiera tener secretos para él y no estuviera dispuesta a revelarlos tan fácilmente.

—¿Acaso importa? ¿Realmente te interesa? ¿Quién podía haber estado dispuesto a preocuparse por ti?

—Eso es lo que me desconcierta —se sinceró él—. Poco se sabe de mí aquí y dudo que menos se sepa aún de mis idas y venidas.

—Este es un pueblo pequeño, Olivier. Si en París todos los secretos acaban por descubrirse, Saint-Laurent no iba a ser menos.

Ella calló y solo lo contempló con diversión, esperando a que él siguiera indagando y perdiera la paciencia.

—¿Quién, Marthe? —insistió.

—Así que no te lo imaginas —dijo ella soltándose de su brazo. Comenzó a caminar con lentitud y subió un par de escalones—. Si te digo que la Regente se preocupa por ti más de lo que puedas imaginar, ¿me creerías?

—Me costaría, la verdad —respondió con una sonrisa—. Los Regentes solo se preocupan de sus dominios y de que los Condenados que habitan en ellos no le causen muchos problemas. Dudo mucho de que ella sea diferente.

—Deberías charlar con ella más a menudo, creo que la encontrarías... interesante —los delgados labios de Marthe practicaron una sonrisa que a Olivier se le antojó curiosa—. Incluso, puede que acabes llevándote bien con ella.

—¿Por qué te advirtió? ¿Cómo sabe de lo que hago y dejo de hacer?

—Es la Regente, Olivier —Marthe bajó un peldaño y le agarró del brazo para acercarlo a ella—. Sabe mucho más de lo que ocurre en su Ducado de lo que todos creen. Creo que subestimas demasiado a los Regentes.

—Pero, ¿por qué lo hizo?

—Eso es algo que tendrías que preguntárselo tú mismo, ¿no crees?

Ella lo abrazó desde lo alto y aguardó unos segundos en silencio a que él reflexionara. Sabía que, a pesar de que cada palabra que había salido de su boca era cierta, no era algo fácil de creer. Que un Regente ejerza una protección de ese tipo a los moradores de su territorio es algo anecdótico.

—No tengo nada que preguntarle —dijo él al fin—. Sus motivos son suyos y no me importan. Ya sé todo lo que quería saber.

—Olivier —el rostro de Marthe parecía haber cambiado de golpe y ahora era grave—. Te lo voy a pedir por última vez. Ven conmigo a París, no vayas al encuentro de esa criatura y deja que ella muera. Intenta ser feliz conmigo, por favor —ella lo estrechó entre sus brazos con más fuerza, con cierto desasosiego, como si fuera más una petición desesperada que un abrazo y temiera la respuesta como a ninguna otra cosa.

Él calló durante unos segundos, en los que el ulular del viento frío pareció anticiparse a una negativa que heriría a Marthe como un puñal en

el corazón.

—Sabes que no puedo.

Ella cesó en su abrazo y Olivier pudo ver como ahora la sangre brotaba de sus ojos y caía por sus tersas mejillas. Podía contar con los dedos de una mano la cantidad de veces que la había visto llorar, pero esta vez parecía algo diferente. Se le antojó que era como cuando alguien se despide de un ser querido al que le quedan minutos de vida. Ella lo miró con tristeza y dijo:

—Hace mucho, aprendí una lección: hay que saber dejar marchar a aquel que se ama, especialmente si no es feliz contigo. Mañana por la noche será la última que pase en este lugar, después regresaré a París y saldré de tu *vida* hasta que tú decidas volver a incluirme en ella, si es que alguna vez eso es lo que quieres. Jamás te pediré que dejes de odiarme, solo que recuerdes que lo haces por mi gesto de amor —Marthe volvió a darle un abrazo, aunque este era más sentido de lo habitual, hasta Olivier pudo percibir su gran emotividad. Era la amarga despedida a alguien que crees que jamás volverás a ver. Él, inmerso en sentimientos contradictorios, apenas pudo llegar a comprender el significado de todo lo que se había dicho—. Ahora, ¿qué tal si me invitas a tu casa y me permites dormir un último día contigo?

Olivier asintió apenado. Sentía lástima por ella, por no poder darle lo que quería y por no poder hacerla feliz. Pero no poder llevar felicidad a la gente a la que amaba había sido uno de sus mayores estigmas en el alma durante toda su existencia, una maldición de la que jamás pudo desembarazarse y que parecía querer perseguirlo por toda la eternidad.

La casa de Olivier era aburrida para Marthe. Le parecía vulgar y mustia, pero eso no iba a estropearle el momento. Miró una última vez por la ventana, percatándose de que el cielo comenzaba a clarear, una luminosidad especial que solo los condenados percibían y que precedía a las primeras señales de un nuevo día que un mortal sí podía ver. Se dirigió a la habitación donde él dormía, un espacio sin ventanas para que ningún rayo se colara y dañara su cuerpo, y lo sorprendió guardando en una maleta aquel lienzo que él tanto estimaba y que ella tanto odiaba. Aquel cuadro que tantas discusiones había provocado y que ella tantas veces había deseado quemar, no obstante hoy no desbarataría su último día juntos. Al fin y al cabo, lo entendía. Aguardó a que terminara y se acercó a él, se deshizo de los zapatos de tacón y se quitó lentamente el vestido negro que con tanta elegancia era capaz de lucir. Le obligó, con decisión pero apenas forzándolo, a sentarse en la cama y ella lo hizo sobre él, dirigiendo su mano para que acariciara su espalda ahora desnuda y lo besó. Hicieron el amor como otras tantas veces en el pasado, aunque en

esta ocasión para ella tenía un sabor agridulce. Creía tener la certeza de que él jamás perdonaría lo que iba a hacerle, pero se lo debía, no le dejaría hundirse. A fin de cuentas, él le había traído una felicidad que ningún otro le había dado, es lo menos que podía hacer por él.

Cuando los primeros rayos del amanecer comenzaron a asomar y a atreverse a caldear con timidez el ambiente tras una noche de frío y lluvias, el sopor los invadió y la chispa de la vida les abandonó, haciéndoles parecer los cadáveres de dos amantes que habían muerto abrazados y ahora estaban así dispuestos para pasar toda la eternidad juntos.

## Capítulo 7

### Un señor feudal

*¿Qué somos? Nos hacemos llamar los Condenados, ¿pero condenados por quién? Se han dicho tantas cosas desde las noches del comienzo de la civilización que ya existe una creencia a la carta, dispuesta para satisfacer la fe de cada creyente de cada época. Pero todas ellas son producto de las culturas y religiones, de la misma forma que todos y cada uno de nosotros fuimos una vez humanos. Demonios devoradores de almas, hijos de Lilith, descendientes de los ángeles caídos, producto del beso de Judas o del pecado de Caín... hay tantas versiones que hoy ya las letras con las que se escribe ese debate se han difuminado y cuesta leerlas, se ha convertido en un asunto de poca importancia en estos tiempos. A pesar de que en el pasado era motivo de apasionadas controversias, capaces de llevar a la violencia o a guerras santas, hoy ya solo a los nostálgicos les importa. Los tiempos cambian y también sus creencias y las culturas. Y nosotros debemos cambiar con ellos o convertirnos en polvo y ceniza. Y esta época dicta que esos debates ya no importan, se acabaron.*

*Yo fui uno de aquellos apasionados que, en los tiempos de los reyes del viejo mundo, defendí mi creencia con vehemencia... y sangre. Incluso, al igual que muchos otros, fui perseguido por el linaje de los fanáticos y todos aquellos a los que habían adoctrinado. Una lástima que tuviera que llevar a muchos de ellos de vuelta al seno del Señor. No, en realidad no me dan lástima, odio a todos esos bastardos. Odio su hipocresía casi tanto como odio la hipocresía de Dios.*

*Llevo la Condena con orgullo, a pesar de que el precio en mi linaje es muy alto. Ahora porto enfermedad y muerte, mi cuerpo se marchitó y mi alma clama mi condición a toda criatura de este mundo, pero cada victoria que mi causa se cobra hace que todos los pormenores de mi existencia sean más llevaderos.*

*Una vez conocí a un hombre, un hombre vivo, un señor feudal de un castillo en la Francia del rey Carlos VII, una Francia turbulenta como tantas otras a lo largo de la historia. Aquel señor era alto y apuesto, de porte elegante, orgulloso de su fuerza y gallardía y orgulloso del futuro prometedor de su familia. Luchó en el Sitio de Orleans, para mayor gloria de su Rey y de Dios, si bien éste le tenía un destino funesto preparado como agradecimiento. Aún, ese señor se pregunta qué pudo haber hecho para que le castigase de esa forma.*

*Sus dos hijos y sus tres hijas parecían sanos, hermosos para sus ojos de padre. Había conseguido prometerlas a todas ellas a pesar de no tener*

*edad para ello todavía y pronto su primogénito se casaría. Pero Dios llevó a su casa el viento negro de la tisis y todos ellos poco a poco irían enfermando. Incluso, él mismo cayó bajo su yugo, aunque de grado hubiera dado su vida por salvar la de toda su descendencia. Pero Dios no lo quiso así. El Señor quiso que el padre tuviera que enterrar a dos de sus hijas y a su primogénito, si bien lo más doloroso fue dar sepultura a su benjamín, una criaturita de apenas dos años que no había tenido tiempo u oportunidad para hacer nada malo aún. Fue un invierno especialmente cruel y rezó a Dios por una respuesta, pero nunca llegó.*

*Las salas se volvieron frías y silenciosas, todavía más aún cuando la única hija que le quedaba se fue del castillo para contraer matrimonio, tal y como se había convenido. Su esposa, tras haber caído enferma también, nunca pudo concebir de nuevo y se recluyó en la oración para tratar de mitigar su pesar. ¿Y qué podía hacer ahora ese señor feudal? ¿Negocios? ¿Política? ¿Pasear por los pasillos y torreones aguardando la muerte entre todas aquellas salas tristes, entre todos aquellos salones sin vida? Sabía que, tras su muerte, ahora todo aquello lo heredaría su sucio hermano, mezquino y codicioso desde que salió del vientre de su santa madre, pero mejor así, que al menos el apellido siguiera resonando en las voces de sus moradores. No se oponía a ello y lo aceptaba resignado.*

*Ahora quería respuestas a sus preguntas. Dios le debía una explicación por todo lo que había sufrido, cuando él había sido siempre un buen cristiano desde que tuvo uso de razón. Pero la iglesia no las tenía, solo oraciones mustias para las almas de sus difuntos vástagos y palabras vacuas con consejos que en nada podían llenar o mitigar la oquedad de su alma. Así que viajó en busca de ellas, tratando de entender los entresijos que existen entre Dios y los castigos que envía, hasta que encontró a alguien que parecía comprender mejor que nadie las enfermedades que el Señor nos trae a este mundo de pecadores. Ese erudito le mostró su saber y también la marca que Dios había puesto sobre él, le mostró la más terrible y oscura de las penitencias: la Condena. Ahora el señor feudal sabía que había secretos que no se podían discernir en una breve vida mortal y que tampoco podría entenderlos bajo el prisma de la mortalidad, debía trascender y convertirse en un Condenado. Y aceptó una nueva existencia, pues ninguno de los dones de Dios le quedaba ya, salvo la vida con la que el Señor tanto había jugado a su antojo. Podría decir que fue la búsqueda de la verdad lo que llevó la muerte a ese señor, pero no sería del todo cierto. Fue un oculto deseo de venganza.*

*Los siglos han pasado y se han derramado sobre el mundo, y ese señor feudal que una vez fue apuesto y regio hoy no es más que una silueta caricaturesca y endeble de lo que una vez fue, una sombra enferma que vive en la oscuridad, oculto del mundo de Dios y su luz. Escondido, aguarda paciente a que las oportunidades vayan sucediéndose.*

*Ese señor feudal soy yo. Soy aquel hombre que enterró a sus hijos y que dio su vida por una respuesta que nunca le fue dada. Pero hace tiempo que no la busco, pues sé que nunca la encontraré. Fui víctima de una burla divina, una burla cruel que ha durado más de quinientos años y que aún duele tanto como el primer día. No sé si alguna vez podré contemplar el rostro de Dios para cerciorarme de que el fruto de mi obra lo hiere, no sé si realmente podré vengarme de él como se merece, pero sí de sus símbolos y de todos aquellos que predicán con su palabra. Los mortales batallaron en cruzadas en su nombre y muchos sangraron y murieron por él, pero yo tengo la mía y tengo toda la eternidad para matar y morir por mi lucha. Ahora estamos en igualdad de condiciones, si bien yo todavía no soy todopoderoso, ahora ambos tenemos incontables siglos por delante para maquinarnos nuestros planes y jugar esta imperecedera partida. Juguemos, Dios. Tú llevaste tu enfermedad a mis hijos y yo llevo la mía a los tuyos.*

*Cuando me recluyo en la oscuridad y ninguna luz la importuna, aún puedo ver la nieve caer sobre los árboles desnudos de aquella mañana en la que tuve que sujetar el cuerpo de mi pequeño antes de que lo arrojaran en su mortaja y puedo oler la tierra amontonándose, palada tras palada, sobre su inocente cuerpecito.*

\*\*\*

Rat permanecía quieto en la oscuridad, sentado en una fría piedra de la galería de túneles húmedos y goteantes que tenía el dudoso placer de llamar Condado, acordándose de cómo la nieve caía en aquella mañana invernal. Las ratas de su guarida, aquellas criaturas que alimentaba con su sangre y que hacían de sus ojos y oídos por todo Saint-Laurent, no se atrevían a emitir ruido alguno, pues sabían que esos momentos eran sagrados para su amo y a éste no le agradaban las interrupciones en ellos.

El sonido lejano de un interruptor y de la corriente fluyendo por el viejo cable detuvo el caudal de recuerdos en su mente, y el tenue destello de una luz distante, que viajaba reflejándose una y otra vez en las paredes rocosas y empapadas, se adueñó de su atención. Con el paso del tiempo, cada vez menos gente conocía de su guarida y, por ende, la visitaba, y podía decirse que ya solo una persona hacía acto de presencia allí, cosa que acontecía de forma irregular. Así que solo podía tratarse de

ella.

Se levantó y se apresuró a acudir al encuentro, más por curiosidad que por cortesía, ya que solo hacía un día que había estado aquí. Viró y viró en los cruces que conformaban aquella laberíntica gruta, chapoteando en el barro y los charcos de agua, hasta que la luz se hizo más potente y pudo ver como iluminaba a su visitante.

—Parece que estás adoptando la costumbre de honrar con tu presencia mi humilde morada —dijo él con su espeluznante sonrisa dibujada en su rostro.

—Sabes que no vengo a este tugurio porque me guste—contestó Marie.

—Todos tenemos nuestro *tugurio* y soy consciente de que tú prefieres el tuyo —ella respondió a eso con una mirada aviesa—. Pero, dime, ¿qué trae por aquí de nuevo y tan pronto a la hermosa y salvaje Marie?

Ella no dijo nada al principio y solo se limitó a dar dos pasos hacia una de las sucias paredes, sin mirarlo a los ojos, como si no quisiera desvelar realmente todas sus intenciones.

—La curiosidad.

—La curiosidad puede resultar peligrosa en nuestras noches —recordó él—, si bien es algo de lo que me place beneficiarme.

—Hay un hombre aquí, un Condenado, que se ha presentado en mi territorio.

—Parece que tu negocio suscita mucho interés últimamente —mencionó Rat con sagacidad.

—Quería comprar un arma —prosiguió ella sin hacerle mucho caso—. Un arma para matar al Necrófago.

—Y vuestros caminos se cruzaron.

—Sí. Ahora ya podré averiguar dónde se esconde ese cerdo y machacarle la cabeza.

—¿Y quién es ese aliado que el destino te ha servido en bandeja? —indagó él, si bien en su mente ya comenzaba a aparecer su nombre.

—No sé cómo se llama, solo sé que el Necrófago se coló en su

Condado, o eso dijo.

—A pesar de que, como de costumbre, me traes vagas pistas, el hecho de que en Saint-Laurent seamos tan pocos de los nuestros hace que las piezas comiencen a encajar definitivamente para mí.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

—No lleva una agradable existencia —repuso. A pesar de que las palabras aparentaban compasión por él, la sonrisa parecía más complacida que otra cosa con la desgracia.

—¿Por qué?

—Los detalles y los nombres siempre tienen un precio —aseveró él mientras recogía una de sus ratas del suelo—. Yo alimento a mis pequeños para que vean y oigan por mí, la información es mi negocio. Ya conoces mis costumbres, sabes que, a pesar de que siento gran aprecio por ti, no puedo dar ciertas cosas sin obtener nada a cambio.

—¿En serio, maldito rácano? Solo te estoy preguntando por ese idiota de pacotilla, no por los trapicheos de la Regente. ¿En serio me pedirás un favor por eso? Será uno pequeño, espero.

—Un favor pequeño sigue siendo un favor.

Ella lo miró con inquina, tenía más ganas de estrangularlo que de seguir hablando con él, pero estaba interesada en saber de aquel enigmático Condenado que nunca antes había visto. Asintió enojada, aceptando de esa forma el trato.

—Habla —ordenó ella, provocando que la estridente risa de hiena que Marie tanto odiaba reverberara en las paredes.

—Ah, pobre Olivier. Es una historia triste la suya, para él al menos. Amó en vida y ahora ama en muerte a la misma persona, cada noche acude a su sepulcro para llevarle flores y llorar su pérdida.

—Así que es un idiota —interrumpió ella con cierto desprecio.

—Sí es un idiota, un idiota que por un amor pasado no correspondido esta sucumbiendo a una pena que lo llevará a las cenizas. Incluso, ha llegado al pueblo una hermosa y distinguida mujer de ciudad, una amante suya del pasado por lo visto, puede que incluso sea su Mater, para convencerlo probablemente de que abandone todo ese dañino pesar que lo corroe. Pero algo me dice que el amor de Olivier por su difunta es

inquebrantable y no la abandonará con facilidad.

Rat se percató complacido de que ella fruncía el ceño cuando le mencionó a la segunda persona y Marie tuvo que reprimir el impulso de preguntar por ella. No quería que ese favor creciera.

—Sigue hablándome de él.

—Realmente, no hay mucho más que resaltar. Es un hombre triste sumido en su triste monotonía, aburrido diría yo. Aunque, ¿quién soy yo para decirlo? Al fin y al cabo, probablemente todos los Condenados de Saint-Laurent seamos los más aburridos de toda Francia. Hasta que fue a visitarte, solo había mantenido un trato distante y un Condenado que no habla es un Condenado que no revela sus secretos. Pero mis criaturas saben escuchar, incluso, a los que no dicen nada.

—Cretinos que aman en vida y en muerte. La noche de los Condenados solo está hecha para odiar.

—Ah, mi pobre Marie —dijo él esta vez con una sonrisa mucho más discreta e, incluso, con cierto matiz de amargura—. Algo me dice que la vida y la muerte te lo negaron todo en su tiempo. Nunca supiste lo que es hacer el amor o querer por primera vez. La vida no te hizo el regalo de la maternidad y nunca pudiste llevar a un hijo en tu vientre y sujetarlo entre tus brazos cuando lloraba por primera vez en este mundo, y ahora la muerte te lo negará por siempre. Algo me dice que nadie acarició esas mejillas con ternura o besó esos labios de forma desinteresada sin esperar a cambio que te entregaras. Qué desdichada es la vida de alguien que, sin anhelarla, está encadenado a la soledad.

Con una extraña seriedad que ocultaba eficientemente tristeza, sin atreverse a responderle, Marie había escuchado cada palabra que había salido de su boca, las cuales parecieron ser pronunciadas por un padre que, compadeciéndose del dolor de un hijo, trata de aleccionarlo.

La vida de Marie no fue fácil. Encontró muy poco afecto de unos padres que estaban más pendientes de sus penas y miserias, y tampoco en la vida de la calle. Los hombres por los que se había permitido el desliz de abrir un poco la férrea verja de sus pensamientos más íntimos, la engañaron y usaron para el sexo, la dominación o cualquier otro fin egoísta. Aprendió desde bien joven las facetas malas de la vida y llegó un día en el que comenzó a pensar que había cosas que nunca conocería, regalos que nunca le serían dados y que otros sí podían disfrutar dejándola a ella de lado injustamente. Pero nunca estuvo dispuesta a infravalorarse o caer en la envidia.

—Hablas como si una mujer solo pudiera sentirse realizada siendo querida o siendo madre. Me meo en eso. Es lo que les hubiera gustado a

muchos que conocí, doblegarme y tenerme recluida en casa, cuidando de los hijos que querrían tener y a los que ellos no querrían cuidar. Tenerme atada y que les calentara la puta cama para tener un polvo seguro cuando llegara borracho a casa. Yo machacaba a esos miserables.

—No me juzgues, Marie —respondió Rat recobrando su característica sonrisa—. A fin de cuentas, todos somos, irremediablemente, víctimas y productos de nuestras circunstancias y de nuestro tiempo y, el mío, es uno muy lejano. Además, ¿quién soy yo para juzgar la finalidad de cada uno en este mundo? Somos Condenados, nuestras causas trascienden más allá del amor o las triviales vidas mortales y sus vicisitudes, menos para algunos, como Olivier.

—¡Pues que le follen!

—Sí, estoy convencido de que alguien lo hará —confirmó él observando a su visitante con ojos ladinos.

Marie lo miró con su casi eterno ceño fruncido. No sabía muy bien a qué se refería con eso último, pero no le apetecía seguir ahondando en eso particularmente, así que se apresuró a formular más preguntas.

—¿Cuánto tiempo tiene? ¿Cuál es su linaje?

—Algunas de tus preguntas son muy atrevidas, Marie. Pero también tengo respuestas a preguntas atrevidas. Teniendo en cuenta las fechas garabateadas en un lugar muy concreto, calculo que más de un siglo, pero menos de dos. Y, en cuanto a lo de su linaje, me basta con decir que respeta y ama a los mortales casi como a iguales —ella resopló con cierta arrogancia. Incluso, sentía cierta decepción por aquel misterioso Condenado que había osado presentarse en su local con todos aquellos comentarios sagaces y atrevidos. Podría decirse que esperaba más de él—. Mi eternamente malhumorada y hermosa Marie, todos nosotros cargamos con una enorme piedra que nos acompañará hasta que seamos cenizas y huesos. Cada uno de los linajes posee sus dones y sus maldiciones. No es justo que nos mofemos del destino y sus burlas, pues todos hemos sido también burlados.

—Las burlas de unos son más jodidas que las de otros —dijo ella practicando un ademán altivo con la cabeza—. Mírate en un espejo y dime si no hubieras preferido no haber llegado a ser un puto Condenado.

—¿Acaso no elegiste tú este camino? No, seguro que no. Estoy convencido de que tu Pater te trajo a la fuerza a las noches y nunca tuviste opción alguna a elegir.

—¿La tuviste tú?

—Oh, por supuesto que sí —respondió él esta vez con rostro grave y dando dos pasos hacia ella. Marie no pudo evitar retroceder asqueada y apretar los puños—. Yo contemplé la maldición de mi Pater y acepté este destino, pues mi causa es la más justa de todas: vengarme de Dios.

Como si fuera una bofetada de viento caluroso de verano, el horrendo hedor rancio de Rat abordó a Marie y embotó sus sentidos. Era un olor tan invasivo que, incluso, era capaz de adentrarse en la nariz de aquellos que no necesitaban respirar. Además, ese comportamiento adusto la incomodaba y no quería seguir en aquella gruta por más tiempo, por lo que decidió que en ese mismo instante su visita había terminado. Jamás lo había visto de ese modo y tenía la sensación de que, si continuaba en aquel lugar, ambos podrían enzarzarse en desavenencias que, dado el temperamento incendiario que la caracterizaba, podrían acabar con un final poco deseado. Y Marie no quería tener contienda alguna con Rat. A fin de cuentas, era su mejor informador y, también, lo consideraba un camarada en las noches de los Condenados. Un honor que ella no estaba acostumbrada a otorgar.

Sin prisa pero sin pausa, caminó hacia la salida, aunque él, recobrando su habitual tono pedante y respetuoso y su pavorosa sonrisa, antes de que ella se fuera, recordó:

—No olvides que ahora me debes un favor... un favor, pequeño eso sí, y que alguna noche querré cobrarlo.

Marie se detuvo durante escasos segundos para mirarlo de soslayo. Asintió y, sin soltar una palabra, finalmente salió y dejó atrás aquella oscura gruta. La presencia de aquel horrendo Condenado siempre la había asqueado, pero ella lo respetaba. Aparentaba ser honesto, no parecía tener reservas a la hora de decir la verdad por muy incómoda que fuera. En cualquier caso, ella había venido a por respuestas y ya las tenía, aunque no le resultaron tan interesantes como esperaba.

Rat observó la entrada de su morada. Marie le parecía una bravucona y una arrogante, pero le había cogido estima con el paso del tiempo. Para él, era como una de aquellas hijas que hace siglos murieron y fueron olvidadas por las páginas de la historia. Algunas veces, incluso, se había entrometido en varios asuntos en favor de ella, sin que ésta se diera cuenta de la obra de su benefactor. En cierto modo, a su forma, él la amaba. Pero no como un hombre ama a una mujer, sino como un padre ama a una hija.

Hacía ya más de sesenta años, Rat llegó a Saint-Laurent, dispuesto a alejarse un tiempo de las miradas odiosas que había atraído con sus quehaceres en la gran ciudad de París, aguardaría en un lugar tranquilo hasta que los ánimos se calmasen. *Solo una pausa entre deberes*, se decía a sí mismo a menudo, si bien ahora era consciente de que no quería marcharse todavía. Sentía que no estaría listo hasta que ella lo estuviera también... *y tiene ella aún tanto por aprender*. Era un sentimiento paternalista el que retrasaba su marcha de aquel pueblecito.

Pero no se había olvidado de su cruzada. La oscuridad se lo recordaba al traerle de vuelta recurrentemente aquella nieve invernal a su cabeza. Tenía un deber que no podía o quería eludir. La partida seguía jugándose y esa noche puede que él hiciera otro movimiento.

Recientemente, el párroco de Saint-Laurent había muerto. Fue un hombre respetado y un fiel creyente, si bien fue su fe lo que lo llevó a la tumba. Rat había inoculado en él una extraña mal que los médicos nunca pudieron distinguir, una muerte más de muchas, producida por una enfermedad desconocida que ni siquiera la autopsia pudo clarificar. No quiso morir en el hospital, así que regresó a su humilde morada llena de crucifijos y estampas de vírgenes, una casa propiedad de la iglesia que era usada para cobijar al párroco.

Y Rat acudió a su muerte, más para contemplar con placer el fruto de su macabra obra que para confirmarla. Entró en aquella casa, pobremente iluminada por cirios rojizos que atestaban las habitaciones con su característico olor a iglesia, y recorrió sus salas y pasillos, lentamente, como si paladeara cada paso que daba y le supieran a victoria, dejando atrás crucifijos y estampas. Cuando llegó a la habitación del moribundo, halló al párroco, febril y delirante y balbuceando oraciones de forma ininteligible. Sus viejas manos, las cuales se aferraban con desesperación a un rosario de madera oscura, temblaban casi tanto como las llamas de las velas que ahora parecían haber sido alteradas por la llegada de aquel antinatural ser. De fondo, una música sonaba en un viejo reproductor de *cassette*, una cantiga de tiempos viejos que heló la sangre del visitante y detuvo su avance victorioso. Las notas de aquella tonada lo transportaron a su época mortal, cuando su esposa cantaba a sus hijos aquella preciosa canción para que se durmieran, y anegó su corazón de desconsuelo y furia. Tenía el convencimiento de que aquella era la forma en la que el Señor quiso vengarse de aquel pequeño triunfo de su adversario.

—Este es el único recurso que te queda —dijo él en alto. El párroco, enfrascado en sus vanos intentos por retrasar lo que ya era inevitable, apenas se percató de la presencia del Condenado—. Inundar mi mente de recuerdos dolorosos, mientras que yo continuo matando a tus hijos. Ya no puedes dañarme, ya no me queda nada, me lo arrebataste todo. A mí, que te amé más que a mi vida o a mi esposa. A mí, que cometí el único pecado de amar a mis hijos más que a mi Dios. ¿Es por eso que lo hiciste?

¿Por envidia? No eres el dios del amor y la compasión, eres el dios de la envidia, ahora es que lo entiendo. Envidias a los mortales del mismo modo que lo hacemos los Condenados. Los envidias porque mueren y descansan y porque pueden amar y odiar por primera y última vez. Por eso en nuestra guerra acabarás perdiendo tú, porque yo, finalmente, aunque en la conclusión pueda parecer que tu triunfo es el decisivo, yo moriré y descansaré y tú seguirás enjaulado en tu eternidad, envidiándome durante los incontables eones; esa será mi victoria definitiva y eres consciente de ello. Pero aún quedan muchas batallas por librar y soy yo el que las va ganando, mientras que tú no tienes nada con lo que puedas hacerme daño.

«Ah, ¿no? —contestó una voz en su cabeza que parecía ser la de Dios, si bien solo era la voz de esa parte de la razón que se esconde en el subconsciente.»

—No, solo quedo yo, yo y mi oscuridad.

«Pero ahora tienes otra hija.»

Rat pareció inquietarse con ese pensamiento. Había alguien a quien consideraba como parte de su familia, alguien a quien había cogido aprecio con el paso del tiempo.

—Ella no es mi hija. La quiero, sí, pero es solo una pequeña estrella titilante en medio de una bóveda oscura como es ahora el alma que una vez atormentaste. Algún día, esa estrella se apagará y, aunque puede que quede aún alguna lágrima por derramar en este frío y estéril corazón que tengo en el pecho, nunca dolerá tanto como la cruel burla con la que decidiste fustigarme hace siglos.

«Sí, puede que tengas razón. Pero sabes que cometiste un error. Sabes que, en el fondo, vuelves a ser padre. Hiciste un mal movimiento y puede que me regalaras una victoria. Y bien sabes que tus victorias son pequeñas en comparación con las mías, que siempre te producirán mayor pesar.»

—Pero solo supondrá eso, un mal movimiento. Una baja más en una guerra, un daño colateral, una hija más que muere como otras muchas en el mundo.

En el transcurso de la conversación consigo mismo, el párroco expiró. Rat se le quedó observando largamente y cayó presa de la desesperación. Se arrodilló ante el cuerpo del reciente difunto, empapándolo con sus lágrimas rojizas, mientras aquella cantiga seguía sonando en la habitación. Aquel repentino llanto pudiera parecer arrepentimiento por aquel asesinato, pero era solo angustia por las evidencias que su fuero

interno le había mostrado.

Hacía siglos que se había embarcado en una alocada venganza que, a pesar de que él creía que le traía paz y una cierta felicidad, en verdad solo le concedía dolor y frustración. Postergaba indefinidamente el fin de sus días con el pretexto de mantener viva la llama de la revancha y cumplir con sus propósitos, pero en realidad era solo una forma mezquina de seguir existiendo, llevando dolor al mundo que era incapaz de perdonar por hablarle dado tanto dolor a él.

Rat estaba ante la puerta de esa casa que hacía escasas semanas había cobijado y visto la muerte de aquel desdichado anciano que tuvo el infortunio de que su vida se cruzara con la de su verdugo. Ahora había un nuevo párroco y una nueva oportunidad para obtener una nueva conquista en la cruzada personal del Condenado. Se acercó a una ventana y escrutó el interior, que ahora parecía mucho más iluminado y acogedor. Ya no había tantos símbolos religiosos inundando cada mesa, solo un crucifijo en la pared y un calendario con imágenes de catedrales. Sentado, viendo la tele y bebiendo una cerveza, se hallaba un hombre de mirada inapetente, como si la visión de la vida le produjera desgana. A Rat le bastaron segundos para comprender qué tipo de persona moraba allí ahora y qué tribulaciones podían llegar a rondar por su cabeza. Sonrió.

No había fe en aquel hombre ni amor por el Señor. Solo era un alma perdida que trataba de pasar sin pena ni gloria, esperando amargamente a que la muerte la reclamara para ser borrada de aquel mundo que poca dicha le aportó. Aquello no era una victoria personal, pero sí una derrota de Dios. Aquel párroco no sería su víctima, al contrario. Quería que permaneciera vivo en su hastío para que el Señor contemplara a un hijo sin fe, que viera al pastor perdido de un rebaño que, poco a poco, iba perdiendo su amor por él.

Rat regresó al oculto corazón del laberinto oscuro que tenía por morada, una húmeda sala donde una sucia sábana sobre montón de paja era lo único que era capaz de romper aquella lúgubre hegemonía, y se sentó en aquella dura piedra que tenía por banco, donde volvió a acordarse de la nieve invernal de aquella mañana, de las sábanas que envolvieron a su hijo y de la fría tierra que poco a poco fue cubriéndolo. Era su método para que su ansia de venganza permaneciera intacta y no fuera disipándose con el transcurrir de los siglos. Volvió a acordarse de aquel tiempo en el que fue un señor feudal.